Fronteras del Vacío

Por

José Gabriel Velasco Fernández

“Me duele el ire herido que a veces soy”.

Sabines

Miro luces que se prenden y apagan como luciérnagas vagabundas. Sé que son recuerdos fugaces, rasgados. Saltan imágenes luminosas que atrapan la razón como fogatas en el bosque. Sospecho que son memorias dementes. Aún me sorprenden tinieblas que ennegrecen todo como sombras de la oscuridad. Entiendo que son remembranzas inciertas o acaso verdaderas. Suele ocurrir que aparezcan imágenes tan nítidas que me hacen vivir nuevamente experiencias que se han instalado no sólo en mis neuronas sino en lo más íntimo de mi ser. Entonces puedo tocar la piel de todo ello y me doy cuenta de que el olvido es transparente.

Revivo experiencias emocionales como la derivada de la risa burlona de aquel capitán de la SS durante la ocupación nazi de París; me veo bajando mis pantalones para demostrar que no era judío pues no estaba circuncidado; escucho los gritos desesperados de mi madre; me extasío con la mirada tierna de Gunther que llenaba de optimismo y aun de alegría mi espíritu seco y poroso por la impotencia y la desesperanza; me ataca nuevamente aquella sensación irreal y, al mismo tiempo cierta, del desdoblamiento de existencia y ser observado por mí mismo desde un punto cercano a los momentos de tortura. ¿Quién soy entonces: el que presencia atado de brazos o el que sufre vejaciones? Vuelvo soñar en banquetes abundantes y exquisitos que consumo ávida y copiosamente mientras me admiro por no sentir hartazgo sino cada vez más deseos de continuar comiendo, sólo para despertar con una hambre atroz; y comprendo que tales sensaciones se hallan dispersas, aisladas, atemporales, y sin significado así expuestas. Es necesario darles cohesión

para reconstruir una parte importante de mi historia.

¿Por qué sacarla de donde se encuentra? Porque es ácida y corroe mi pecho.

*

Louis Witzleben, hijo único nacido en París de padre alemán y madre francesa, vivió en esa capital hasta el inicio y conclusión del capítulo que pensaba reconstruir.

Nunca supe cuál fue la razón de que el buen Sigmund, mi progenitor, se fuera a vivir a Francia. Se debió, quizás, a su amor por las obras de arte, o al de la hermosa Jeannette, mi mamá, a quien conoció en un viaje de negocios. Ambos provenían de familias acomodadas y de nivel social elevado. Los dos fueron incapaces de ser otra cosa que alemán uno y francesa la otra (mi papá me hablaba siempre en alemán y mi mamá en francés). Pero se amaban.

Jamás conocí a ciencia cierta muchos aspectos de la historia de mis padres, pero su silencio era locuaz y pude delinear la silueta de su relación. ¿Acaso no sufrí en carne propia la discriminación de mis genes germánicos en una Francia con el recuerdo hiriente de la I Guerra Mundial? ¿Y en Alemania? Un vínculo amoroso teutón-galo tenía las características de uno Montesco- Capuleto. ¿Cuál sociedad era menos tolerante?

Louis también ignoró la existencia de ascendentes judíos en la familia paterna. Vino a dudarlo hasta que se lo escupieron en la cara unos perros rabiosos que lo apresaron para llevarlo al cuartel general del *Sicherheit Dienst (*temida en París por ser sede de los servicios de seguridad de la S. S. nazi).

¿Cómo iba a suponerlo si mi padre siempre decía que las "religiones son invenciones humanas para explicarse lo que no entiende"? Por otra parte, mi mamá se decía creyente católica, pero no asistía a la iglesia. Los eventos sociales relacionados con los templos estuvieron totalmente excluidos en nuestras costumbres.

*

Las riñas infantiles formaron parte de esa etapa de Louis. Durante la adolescencia disminuyeron un poco a causa de su capacidad deportiva. Las canchas y los campeonatos que conquistó fueron padrinos de conciliación. Sin embargo, en esos años se le conocía exclusivamente por el nombre, o por el apellido materno: Bernard.

Hubo algunos amoríos infantiles que no dejaron huella. En cambio, la amistad fue presencia imborrable gracias a Gunther y su debilidad física.

El lazo que los unió tuvo fecha precisa cuando tres niños franceses daban tremenda paliza a un indefenso "*petit cuere-dents germain*" en el patio trasero de la escuela. Louis los observó desde el instante en que se llevaban a Gunther. Después, fue tras ellos y cuando empezaron a golpearlo sus cuatro extremidades se volvieron aspas en loco dinamismo. La experiencia de multitud de pleitos y su habilidad contendiente hizo que muy pronto los cuatro "francesillos" salieran corriendo del lugar. Uno de ellos, incluso, dejó en el suelo una mochila. Los dos contrarios la vieron y sin ponerse de acuerdo empezaron a revisar su contenido. Había unos *repas* de queso y jamón que se veían deliciosos. Gunther y Louis se sentaron en el suelo para comer, entre carcajadas, el inesperado regalo.

Desde ese día, los dos mocetones, el esmirriado y el atlético, fueron inseparables y los condiscípulos los dejaron de molestar.

*

Por Gunther supe que sus padres alemanes añoraban la patria y seguido mencionaban su deseo de regresar.

*

Gunther Langsdorff nació prematuramente en Austria más o menos en las mismas fechas que Louis Witzleben lo hizo en París. Sus padres se vieron obligados –así lo declaraban- a vivir en la capital francesa. Por entonces, sus hijos Gunther y Greta eran pequeños. Permanecieron ahí a regañadientes mientras que sus herederos crecían, Greta esplendorosamente y Gunther con pobreza física. Los padres se preocupaban al observar cualquier inclinación de los niños a olvidar su origen. Con Greta no había problema, pero Gunther era demasiado sentimental y constituía un peligro. Decidieron ir a Berlín en cuanto el nazismo se instaló con firmeza: Gunther tocaba ya la línea de la adolescencia.

Pronto ambos chicos, a instancias del padre, ingresaron en las Juventudes Hitlerianas. El papel de Gunther fue muy limitado ya que no era, por mucho, un representante *lobenswert* de la raza aria. Más tarde, al tener la edad adecuada, el hombrecito fue reclutado por el ejército. Adaptarse a la vida militar fue muy difícil, pero tuvo que hacerlo, pues, de otro modo, sería rechazado por todo el mundo.

*

Durante las invasiones a países extranjeros el soldado Langsdorff fue de los pocos que resultó herido. Se dijo que en una acción heroica, pero la verdad fue que su torpeza tuvo la culpa.

Eran necesarios los héroes en la estructura nacional y a Gunther se le otorgó el papel sin mucha investigación.

Tras reponerse de sus lesiones y, como su cojera le imposibilitaba para volver a la actividad guerrera, se le destinó a labores de escritorio. En ellas se refugió por un tiempo.

Cuando se produjo la ocupación de Francia lo enviaron allá porque hablaba francés, era austriaco y conocía muy bien París. Formó parte de la *Sicherheit Dienst* de los Servicios de Seguridad nazi –los poderosos S. S.- en el campo de concentración de Drancy.

El mencionado campo se hallaba localizado en el Bosque de Bolonia, en la capital gala.

La mayor parte de los militares que ahí laboraban eran austriacos.

*

Además de Gunther, muchos de los compañeros escolares que pude considerar amigos, eran alemanes-alemanes. Todos ellos fueron desapareciendo conforme avanzaba el poder nazi. Algunos retornaron a Alemania, otros, emigraron, a Suiza principalmente.

Yo quedé sin más panorama que el de ser francés-francés. Pero eso me gustó. Mucho influyó el cariño de mi madre, por supuesto, pero también el repudio de mi padre al nacionalsocialismo.

A Gunther lo volví a ver años después, ya durante la ocupación nazi de París. Fue en mi casa. Dijo que tenía varios meses de haber retornado a la ciudad, pero que no le había sido posible visitarme porque se sabía vigilado. Fue seriamente advertido, bajo riesgo de juicio militar, acerca de evitar la contemporización con ciudadanos franceses, cualquiera que hubiera sido su relación anterior con ellos.

Venía vestido de civil pero aclaró que era oficial del ejército alemán comisionado para realizar labores que no podía mencionar. Nos abrazamos y las lágrimas brotaron inevitablemente.

El peligroso acto por él llevado a cabo declaró con claridad el nivel del cariño que nos unía. No pudo permanecer mucho tiempo y yo salí a la calle para observar si se hallaba en las proximidades algún espía. Una vez seguro, estornudé –señal convenida- y poco después salió Gunther.

De reojo lo vi alejarse cojeando.

*

De la familia alemana el joven Louis Witzleben desconocía casi todo. De la francesa únicamente se enteraba de forma indirecta.

Sabía de ellos, pero jamás cruzamos palabra. Al hacerse evidente la cercana ocupación de París se desterraron y no tuve noticias de ellos en el futuro. No es difícil entender la razón.

Nosotros debimos también huir, pero no quisimos. El apego de mis padres por las joyas artísticas y sitios construidos con verdadero amor, les impidió ver el riesgo. Simplemente, fue imposible abandonar lazos más fuertes que el

hábito.

Después de que el joven Sigmund, mi padre, hubo decidido residir en París para casarse con Jeanette, estableció una casa de antigüedades que fue adquiriendo fama, no sólo localmente sino en varios países europeos. Su progreso tuvo la virtud de convertirse en fuente de ingresos importantes. El buen gusto, honradez y conocimientos del propietario dieron prestigio a la institución y a un dueño que gozaba plenamente con su trabajo. Lo oí decir en multitud de oportunidades que era injusto que ganara dinero por divertirse.

+

Los condiscípulos Louis y Guntther fundaron una estrecha amistad al grado de que durante varias vacaciones escolares fueron juntos a visitar Viena, donde residía la tía Hildegard, hermana solterona de Kurt, padre de Gunther.

El niño austriaco gozaba intensamente al mostrar los sitios de su añorado suelo natal y Louis se contagiaba. Sin embargo, lo más impresionante para él fue la mirada de la tía.

Comprendí que la de Gunther era herencia de ella. Sentí quererla tanto como su sobrino. Hildegard, sin duda, percibió mi papel en la vida de Gunther porque correspondía al de ella. Así que, quizá por gratitud, me acogió en sus buenos sentimientos.

Se constituyó en mi "tía".

Hildegard Langsdorff vino al mundo en una nación que aún correspondía a Austria-Hungría, gobernado por la dinastía de Habsburgo. Su padre y hermano Kurt lucharon en la I Guerra Mundial. Más tarde la joven fue testigo del

cambio de su país a nación independiente y luego al de República Austro-Germana.

Las transformaciones de Austria continuaron con la invasión de las tropas alemanas.

El quince de marzo de 1938, Hildegard supo de las palabras de Hitler en Viena: “es ésta la hora más feliz de mi vida, en la que puedo anunciar a la historia la incorporación de mi país natal al Reich alemán”.

La doctrina política y económica del nacionalsocialismo había conquistado a muchos austriacos, entre ellos a su hermano Kurt, pero no a Hildegard.

Pese a ser casi guapa, estuvo alejada involuntariamente de los idilios. Su notable inteligencia establecía una barrera imposible de saltar por el machismo –a veces disfrazado- que prevalecía entre los varones europeos y tal vez de muchas partes del mundo.

Hilde, como la conocían sus allegados, se refugió en el cariño a los niños tras graduarse en una institución educativa de renombre. Mientras continuaba estudios cada vez más importantes entró a trabajar a un colegio para infantes.

Hubo reconocimientos que, lejos de producir orgullo en su hermano Kurt, le reportaron envidia que fue enfriando poco a poco las relaciones fraternales. Contribuiría asimismo su discrepancia acerca de las ideas políticas y el gran cariño entre la maestra y el hijo de su hermano, Gunther, un tanto despreciado familiarmente. En cambio, el pequeño encontró en su tía el calor que le faltaba a una sumisa madre.

Cuando el autoritario Kurt decidió mudarse con su familia a París (para

aprovechar la única posibilidad de un empleo más o menos remunerable), la determinación produjo una herida en Hilde y Gunther.

La poca afinidad entre los hermanos no impidió que años después Kurt permitiera a su hijo visitas vacacionales a Viena.

*

Louis Witzleben continuó estudiando después de la partida de Gunther. Alcanzó el nivel adecuado para ingresar a *La Sorbonne.* Ahí se distinguió en el campo de las ciencias hasta poco tiempo después de la ocupación nazi de París.

La manifiesta debilidad del gobierno francés –particularmente cuando el mariscal Pétain lo encabezó- había determinado un flojo reclutamiento militar de ciudadanos parisinos. Ni su padre ni el propio Louis fueron llamados a filas.

El estudiante siguió asistiendo a la universidad, incluso cuando ocurrieron la serie de eventos que ensombrecieron paulatinamente el destino de Paris y la nación entera. No interrumpió estudios ni siquiera al declararse la guerra de Francia y el Reino Unido a la Alemania nazi el tres de septiembre de 1939. Tampoco al presentarse hechos históricos que en 1940 determinaron la desventura de París. Sucesos que fueron formando una cadena de eslabones cada vez más dolorosos. Los citadinos no se reponían de una mala noticia cuando se enteraban de otra peor. La impotencia y el desaliento circulaban por la sangre junto a los glóbulos rojos. A duras penas sobrevivían a las terribles sacudidas que las malas nuevas se empeñaban en maltratar su estructura anímica completa. Imposible calificar cual era más dura.

El año de 1940 fue la sombra más negra del periodo que culminó con la pérdida total de emancipación cívica y moral de parte del territorio nacional, incluido París.

En ese espacio de pesadumbre ocurrieron eventos que parecían proyectados en las cuevas del infierno particular francés. Por ejemplo: el rompimiento del frente galo en Sedán, los bombardeos de París, la declaración de la capital francesa como ciudad abierta, la ocupación de Verdún por las tropas nazis, tras cruzar La Línea Maginot por Colmar, la comunicación del mariscal Pétain del armisticio y posterior llegada del *Wehismatch* (ejército alemán) al río *Loire.*

Louis lloró, junto a todos los parisinos patriotas, la entrada del ejército enemigo.

Pasaron por el Arco del triunfo cantando la Marcha de San Lorenzo (de origen argentino, "confiscada" por el ejército nazi como propia). Aún nos aguardaba la vergüenza de ver a Hitler, en fotos profusamente difundidas, paseando orgulloso por diferentes sitios de nuestra ciudad.

*

La noche en que la familia de Sigmund Witzleben fue a descansar nada presagiaba el dramático cambio que estaba a punto de ocurrir en sus existencias.

Era noviembre y el frío obligaba a utilizar muchas frazadas y aún ropa puesta para meterse en la cama: la calefacción resultaba imposible por la total falta en el mercado de combustibles.

Habían podido sortear las enormes carencias que prevalecían en un París

ocupado por el ejército nazi. La anterior actividad comercial ya no tuvo cabida desde que los vientos de guerra empezaron a soplar. Sin embargo, el ingenio sin límites de Sigmund le fue suficiente para, cambiando de ocupaciones según las circunstancias, proveer lo estrictamente indispensable para subsistir.

Louis no interrumpió sus estudios y la familia pudo conservar el espacioso departamento en que vivían y, en especial, bastantes de sus preciadas y valiosas joyas de arte. El tesoro era un bien espiritual para Sigmund y su esposa, una fuente de amor sin relación con las riquezas materiales, parte constitutiva del propio ser y símbolo de elevados sentimientos. Probablemente lo asociaban al cariño que los unía.

Tal era la sensación que yo experimenté siempre ante su vista, pues para mí emanaban iguales exaltaciones y eran sección del mundo hogareño. Aún hoy, recordar la felicidad de mis años infantiles está relacionado con aquellas piezas de encanto inigualable.

La puerta de entrada al departamento de los Witzleben tronó ante los golpes con la culata de varios fusiles. Sobresaltados, los moradores preguntaron a qué se debían. La contestación fue estremecedora:

-Polizei.

Los ancianos quedaron paralizados y fue el jovencito Louis quien reaccionó. Al abrir, sufrió el impacto pavoroso de la insignia de los S.S., la calavera y la swástica.

-Qué.. qué… desean…

-Salgan.

Apenas nos permitieron tomar alguna ropa extra a la puesta con la que dormíamos para evitar el frío. Un militar nos seguía para que no adquiriéramos más de lo indispensable.

-Schnell los –nos apuraban.

Con las armas punzando nuestras espaldas nos obligaron a salir para abordar un vehículo que nos aguardaba. Apenas dentro con los custodios, el chofer arrancó la camioneta y a gran velocidad fue directo al norte.

Los cañones de las metralletas nos mortificaban las nucas y, cada brinco del automotor producía un fuerte golpe. La idea de que se dispararan accidentalmente ocupó la mente durante el trayecto completo.

No sé de qué manera intuí que éramos conducidos al campo de Drancy que había oído mencionar. "El que ahí entra no sale jamás", decían.

*

El campo de Drancy en las afueras de París, fue construido para alojar soldados. Estaba formado por cinco edificios en forma de U. En julio de 1941, durante la ocupación nazi, lo convirtieron en cuartel general y campamento de concentración para judíos franceses. Fue administrado por tres oficiales de la S.S. La misión a desempeñar se denominó *Nach und nebel, Noche y niebla*, de aniquilamiento total de la raza hebrea.

La cacería de judíos alcanzó niveles dementes, al grado de sumar tres deportaciones semanales a los sitios de exterminio, principalmente Auchwitz o Hajdanek en Polonia. El total sumó cuarenta mil personas en cuarenta viajes. Pero los capturados ignoraban por completo al lugar al que se les enviaba y el

destino que ahí les esperaba.

Al principio, el campo fue exclusivo para arrestados judíos del sexo masculino. Posteriormente se incluyeron mujeres y niños, aún bebés. Ambos sexos eran separados en barracas diferentes.

La población de reos llegó a límites elevadísimos con las consecuencias imaginables: comida escasa y de pésima calidad, servicios higiénicos apenas existentes, amontonamiento humano.

Se utilizaba a los propios internos para labores administrativas que los obligaba a ir contra los compañeros de infortunio, aun familiares. Para evitar complacencias se mantenían aparte los seres identificados como allegados sentimentalmente con los colaboradores: los familiares o amigos pagarían –lo más salvajemente posible y a la vista de todos- las consecuencias de alguna desviación de las instrucciones. Inclusive se llegó a forzarlos a que denunciaran a otros judíos todavía libres.

La reclusión en los edificios era interrumpida unas cuantas horas durante el día y los reclusos salían al patio. Ahí se producían escenas dramáticas al encontrarse familiares que no sabían de su aprisionamiento.

Existían tres clasificaciones para los detenidos, y, por tanto, tres diferentes sitios de encierro: los denominados B, serían enviados a Auchwitz o Majdanek tan pronto como fuera posible, los B, declarados candidatos a igual destino, pero en espera, y los C, pertenecían a casos dudosos, sujetos a investigaciones posteriores.

La barraca de recepción se hallaba al centro de los otros edificios.

Louis y padres llegaron a la oficina donde serían interrogados para determinar su clasificación. Sin decirles nada los separaron rudamente: la madre fue a un salón y Louis y Sigmund a otro, ambos sumidos en la oscuridad. Los varones de la familia poco pudieron hablar pues el intenso frío y carencia de calefacción tan sólo les permitían susurrar algunas palabras al oído. Abrazados en el suelo permanecieron por un tiempo sin reloj. Lo único que comentaron fue que les era totalmente imposible imaginar la razón de estar ahí. No pudieron ni siquiera dormitar. Notaron que se hallaban en el lugar otras personas, casi siempre calladas. El silencio era ocasionalmente interrumpido por algo parecido a sollozos, seguido de algunas palabras de consolación.

Por fin se abrió una puerta y entró una luz difusa. Aun cuando tenue fue suficiente para que los Witzleben percibieran la estrella amarilla que identificaba como judíos a los acompañantes.

-Nos están confundiendo, hijo. Pierde temor, será fácil demostrar que nosotros no somos de esa raza.

La observación parecía lógica, pero la punzada en el pecho de Louis no cedió.

Más tarde –¿minutos después? ¿horas?- los llevaron a una oficina interior.

Un oficial con uniforme de la S:S: irritado, demostraba su enojo con golpes a una mujer madura que parloteaba en francés. Evidentemente el militar no hablaba ese idioma y la vieja el alemán. Tampoco había personas bilingües entre los guardias presentes en la sala.

Louis intervino:

-Dice que puede demostrar que es católica, dijo.

-¿Tú entiendes las dos lenguas?

-Perfectamente.

-Quédate a mi lado.

El muchacho estuvo realizando labores de traducción por largo rato.

-Ella insiste en que tiene un certificado de bautizo que demuestra su religión.

-Con que así es ¿eh? Pues contéstale que sabemos que su iglesia extiende esos mentados certificados a todo el mundo. Por tanto, los consideramos falsos.

El oficial estuvo tratando de obligar a la mujer a que confesara su carácter semita. Ningún castigo corporal la hizo cambiar su versión.

Cansado, el oficial ordenó que la llevaran a la barraca C.

Fue la primera vez que Louis oía la clasificación.

Preguntó su significado.

-“Casos dudosos” –respondió el interrogado para enseguida arrepentirse de hacerlo.

-Tú no puedes pedirme nada, perro judío. Aquí el interrogador soy yo. No se te ocurra olvidarlo porque ordeno al guardia que te de un culatazo. ¿Entiendes?

-Sí, perdón.

-¿Quién sigue?

El ayudante entregó un archivo con un nombre apuntado en la tapa exterior y luego señaló a Louis y a su padre.

-Además la esposa, que espera en el cuarto al lado.

-Pues, ¡tráiganla!

La madre de Louis entró y quiso arrojarse a los brazos de Sigmund, pero se lo impidieron con rudeza.

Mientras tanto, el investigador, tras leer el nombre en el expediente, puso una sonrisa en su cara como si acabara de oír un gracioso comentario.

Seleccionó a la mujer para que respondiera a sus inquisiciones.

-Quiero que me diga si es judía –dijo mirando a Louis.

-Ella habla alemán.

-Bien. ¿Eres judía?

-Por supuesto que no.

-¡Eres judía! –sentenció.

-A la galera B para mujeres –fue su orden al guardia.

-Ustedes dos, ¿son judíos?

-No.

-Bájense los pantalones.

La sorpresa fue manifiesta al observar sus miembros sin circuncisión.

-Pues, son judíos. ¡Al viejo a la B para hombres.

-¿Y el chico?

-Aquí déjenlo, me va a seguir ayudando.

Impotente, Louis vio que se llevaban a sus padres por caminos diferentes, pero igual violencia.

El dolor en el centro del cuerpo arreció.

*

Louis estuvo sirviendo de intérprete por varias horas. Cuando la lista de entrevistados terminó el oficial dijo:

-¡Llévenselo!

-¿A la B?

-No, a la C. Quiero tenerlo a la mano por si lo necesito.

¿A la C? –pensé- pues recordaba lo dicho por el militar "casos dudosos".

Ni una palabra de gratitud por la ayuda

Se me condujo con la consabida tosquedad. Parecía ser parte indispensable en el trato a los detenidos. En este preciso momento fue bienvenida porque distraía mi mente apesadumbrada por un presentimiento.

Salimos a un gran patio de cemento y doblamos a la derecha hasta llegar a un lóbrego edificio. Sin decir una palabra me entregaron al encargado de la barraca: un hombre viejo y delgado como espiga. Las ojeras parecían de un

oscuro violáceo que intentaban alcanzar los hombros. En la cabellera larga y escasa no aparecía un solo pelo negro y el blanco de su color se quejaba de languidez. Con asombro observé que portaba la estrella amarilla de los judíos. Pudo notar mi extrañeza y esperó a que se fueran los guardias.

-Sí, hijo, nos utilizan porque estamos amedrentados y realizamos con eficacia labores que les serían molestas.

La palabra "hijo" me permitió considerar que a él sí podría hacerle preguntas.

-¿Amedrentados?

-Sí, cualquier falla en nuestros servicios nos acarrearía ser enviados a Polonia.

-¿Y es malo?

-No lo sabemos con certeza. Pero así debe ser puesto que la utilizan como intimidación.

-¿Peor que aquí?

-Suponemos que mucho peor.

La amabilidad del anciano me lanzó a indagar la duda que sacaba llamaradas en mi cerebro.

-¿A quienes encierran en la barraca B?

-A los que serán deportados lo más pronto posible.

La tensión dio paso a un aflojamiento de todos mis músculos. Pese a no

haber comido en muchas horas sentí ganas de vomitar. Enseguida me atacó un mareo como si hubiera sido golpeado en la nuca con fuerza. El sudor frío que empapaba mis ropas trajo un efecto inesperado: una increíble esperanza: "te equivocaste estúpido fue la sala C a la que enviaron a tus padres".

Descubrí que el añoso encargado me había sentado en un banco y me miraba preocupado. Parecía tener algún tiempo hablando.

-…estás muy pálido, muchacho… cálmate…

Puso sus heladas manos en mi frente y reaccioné:

-Dígame, por favor, ¿trajeron aquí a un hombre de edad?

Describí la forma en que iba vestido papá y sus características.

-No, nadie parecido.

Retornaron las lanzas de la angustia: temblores corporales y sensación de no poder respirar. "Esto no está ocurriendo, no es verdad… no es verdad… NO ES VERDAD…"

Finalmente, encaré la realidad. Y, como si su voz me llegara de muy lejos, escuché que el hombre decía:

-Jehová lleva al ser humano a lo más profundo del río para bañarlo no para que se ahogue.

Tuve conciencia de que había adivinado lo ocurrido en la oficina de primeros interrogatorios.

-Ven, te llevaré al lugar que te he asignado. Mi nombre es Aarón y puedes recurrir a mí cuantas veces quieras para que vayas conociendo este espantoso

lugar y la forma en que puedes adaptar tu ánimo para soportarlo.

Atravesamos un local tan sólo equipado con toscas literas de madera en la que se atestaban un sinnúmero de varones de edades diferentes. Las lágrimas me corrían por las mejillas. Pocos, seguramente con penas similares a las mías, se percataron de mi dolor. Alcanzaron a mis oídos bastantes palabras de consuelo: "no permitas que la autocompasión haga presa de ti"… "courage, mon petit"… "no desesperes, todo saldrá bien"…

Poco sentido tuvieron, sin embargo, más adelante su eco debe haberme ayudado.

Aarón mencionó que podría ver a mi padre pues se destinaban unas cuantas horas diarias a una reunión de todos los presos en el patio central.

*

Equipos especiales del S.S. –llamados "unidades de calavera", *totenkopfuerbande*- vigilaban los campos de concentración nazis.

En los territorios ocupados, los judíos, (en algunas raras ocasiones también miembros de la resistencia) eran primero encerrados en campos provisionales como el de Drancy, que constituían la última parada al destino final: los campos de exterminio, pero tal hecho se mantenía sin conocimiento de los reos.

En mi litera casi no descansé: me atormentaba el hecho difícil de explicar acerca del rápido juicio del interrogador nazi en el caso de de mis padres. ¿Por qué había gastado tanto tiempo en tratar de obligar a la anterior cautiva a que confesara su carácter de judía? En cambio, a mis papás los declaró de

esa raza prácticamente sin posibilidad de réplica. No le bastó observar nuestros genitales. "Pues son judíos", había dicho. Y los envió a la barraca B.

Sin poder precisar el tiempo que siguió, de pronto me vi en el llamado comedor con un plato de peltre en la mano. Seguí la fila que, con respetado orden, se había formado. Un despachador –con la estrella amarilla en el pecho- puso el contenido de un cucharón en mi escudilla-. Se trataba de cierto caldo en el que nadaban algunos trozos de zanahoria y colinabo. Era tan poco denso que apenas presentaba color.

-¿Es todo?

-Sí, lo siento.

Aquel tipo de afabilidad me impresionó agradablemente. Debo haber hecho un gesto de reprobación porque el servidor dijo:

-Un chico como tú necesita más alimento que los viejos. Cuando termine de surtir a los de la hilera, regresa y te doy más… si queda algo.

Así lo hice y pude obtener un poco de sopa extra. Sin embargo, mi hambre no se enteró.

Con gran esfuerzo, Louis soportó el tiempo que faltaba para el "recreo" en el patio central.

Por fin fue anunciado.

Tan pronto se encontró ahí, el muchacho se dispuso a buscar a sus padres. La cantidad de personas de ambos sexos resultaba mucho mayor de lo que esperaba.

Mi padre era muy alto y su cabeza hubiera rebasado por mucho la de la mayoría de los asistentes. Me mantuve escudriñando, también a las mujeres, por si descubría a mi madre, sin éxito. Entonces decidí indagar entre los compañeros de cautiverio. Seleccioné a los que sospechaba ocupantes de la barraca B.

Los recién llegados, aunque generalmente delgados, no presentaban el aspecto de las personas desnutridas. Conforme pasaba el tiempo en cautiverio, las condiciones de éste se iban marcando en sus fisonomías y en sus actitudes y estado de ánimo. Los había con pelo quebradizo, tinte amarillento de la piel, resequedad en ella o descamada, encías tumefactas, dolores articulares, hemorragias frecuentes, síntomas de anemia, fisuras en párpados, labios y bordes de las rodillas y codos. Otros, más afectados, sufrían taquicardias y debilidad extrema, dolores hepáticos. Pero era la pérdida de peso -imposible de creer- lo que impresionaba a quien observara, y, por supuesto, la depresión manifiesta acompañada de un desinterés por todo y deseos de morir persistentes.

Casi no podía hablar porque la garganta engrosada por la mortificación oponía tercamente su antagonismo. Repetí las señas personales de mis progenitores, especialmente las de él por su singular naturaleza. Nadie los había visto. Juzgaron correctamente mis congojas y escuché algunos comentarios: "todos aquí cargamos igual peso, sopórtalo con valor"… "piensa que si no hubieras sido feliz antes no sufrirías lo de hoy, refúgiate en los buenos recuerdos"… "me he pasado mucho tiempo temiendo el momento en que anuncien mi nombre entre los deportados, ahora lo estoy deseando. Será un alivio…"

Se terminó el tiempo de la reunión en el patio y tuve que regresar a mi galera con las manos vacías y una gran opresión en el pecho.

A la mañana siguiente fueron por mí dos guardias armados. Sin decirme nada, me arrastraron hacia fuera. Pensé que sería llevado a la sala de interrogaciones a petición del oficial del día anterior, pero pasamos de largo por el patio y seguimos hasta otro edificio más distante. Me introdujeron en él con los acostumbrados empellones. Terminamos en un despacho privado luego de atravesar varias oficinas generales con soldados que realizaban apresuradas labores. Se me empujó hacia dentro con fuerza y uno de los guardias se fue mientras el otro se quedó en la puerta de frente al interior.

Cuando levanté la vista mis ojos toparon con la figura pequeña de un oficial sentado tras de enorme escritorio.

Era Gunther Langsdorff.

*

Después de ser curado y de recibir la condecoración que lo elevaba a la clase de héroe nacional, el soldado Gunther Langsdorff fue ascendido y comisionado a las oficinas militares de Berlín. Ahí demostró una gran capacidad organizativa (producto de intensos estudios) y fue escalando puestos y grados castrenses. Había aprendido a hacer uso de sus capacidades histriónicas para ser respetado por los subalternos, quienes incluso llegaron a sentir miedo ante su presencia. Comprendía que era tan sólo un muñeco del ventrílocuo que manejaba la vida que le había tocado vivir.

Hubo momentos agradables porque su broche en el pecho -que lo

acreditaba como poseedor de la condecoración de la Cruz de Hierro- abría muchas puertas. Obtuvo el consentimiento carnal de mujeres que su aspecto físico le negara. Lo sabía falso mas no le importó.

"Nada puedo hacer más que adaptarme a las circunstancias"

Pero no era feliz.

Concluida la invasión nazi de Francia, al héroe nacional, tras complicados arreglos oficiales, se le incorporó a los llamados S.S. y, en calidad de "totenkoftfuerbande", fue comisionado al campo de Drancy en París.

Antes, tuvo que pronunciar el juramento obligatorio de los S.S.

"Yo te juro, Adolf Hitler, *Fûhrer* y Canciller del *Reich*, fidelidad y valor. Prometo obediencia hasta la muerte a ti y a los superiores por ti designados. Que Dios me ayude"

La jerarquía que le confirieron fue la de *hauptscharfûhrer.*

Los S.S. tenían su propio sistema de rangos militares, distintos a los la *Wehrmatch, de la N.S.D.*A.P. o de otras estructuras militares. Asimismo, poseían sus particulares insignias y uniformes.

El grado de capitán, *hauptsturmmfûhrer*, se situaba apenas abajo del de mayor. El de *hauptscharfûhrer* correspondía al de suboficial superior, y el de s*charfûhrer al de* sargento primero.

Gunther creó las oficinas administrativas que se encargaban de casi todo: logística, manejo de programas, funcionamiento de la prisión, y otros menesteres. Para ello se ajustó a las directrices que prevalecían en todos los

sitios de concentración provisionales para judíos que existían en Alemania y Polonia, principalmente.

No era autónomo pues debía obedecer las órdenes precisas de los tres oficiales responsables del campo de Drancy. En especial, del capitán Hans Fichte.

Desde el punto de vista de ellos la labor de Gunther se consideraba impecable.

Entre las tareas de sus departamentos aparecía la formulación de las listas de los reos que serían enviados a los lugares de exterminio. Así era en teoría, pero la realidad correspondía a que le llegaban a Gunther perfectamente descritas por Fichte. La extraordinaria memoria de éste le permitía conocer los casos de casi cada uno de los cautivos. Se conocía que la faena le resultaba muy placentera. Además, de forma totalmente obsesiva, demandaba que los autobuses guardaran el mismo orden estrictamente establecido y que nadie debía cambiar so pena de encarar su ira.

Para Gunther la selección de los cautivos por deportar tenía una explicación lógica.

“No quiere que se vayan incluir a los que son sus espías”

Pero, el asunto de conservar siempre igual sucesión en la columna de los camiones transportadores de deportados, ya pertenecía a los terrenos de su compatriota Freud. Así como su gusto por convertirse en gato para divertirse con el ratón, es decir, con el prisionero que condenaría sin tardanza.

Un incidente fue muy comentado con gran hilaridad entre las “unidades de

calavera". Se produjo cuando Fichte estuvo platicando animadamente con una bella judía. Cuando la remitieron a su galera, la mujer iba muy contenta.

"Pensaba que se había salvado", se burlaban.

Al día siguiente apareció en la lista del capitán para su deportación a Auchwitz.

*

Gunther me hizo un gesto que claramente entendí "no demuestres que nos conocemos". Su rostro se transformó en una careta de áspera apariencia. La tierna mirada que conocía había desaparecido. Antes de hablar conmigo se dirigió al guardia en tono altanero y voz demasiado alta.

-¿Qué hace usted? ¿No entiende su papel, idiota? Está aquí para cuidar que este asqueroso judío tenga oportunidad de atacarme en un momento de ofuscación. No pierda de vista cada uno de sus movimientos y, si nota la menor intención de agresión, ¡dispare! Que no lo vuelva a sorprender distraído. ¿Entendió?

El soldado había permanecido atento, pero gritó después de cuadrarse

-Yawoh, herr hauptscharmfûhrer

Inmediatamente después retornó a su pose de alerta.

El rudo militar que era Gunther se dirigió a mí:

-He pedido que venga para ayudarme en específicas funciones pues he sido informado de su buena actuación el día de ayer con el oficial interrogador. Nadie aquí habla francés –acentuó la frase- así que me será de utilidad, pero

no se le ocurra hablar si no se lo pido. Métaselo en esa cabezota de judío de mierda.

Dejó pasar un instante como esperando que sus palabras entraran en mi "cabezota". Luego agregó la palabra que parecía ser su favorita:

-¿Entendió?

-Yawoh, herr hauptscharmfûhrer –contesté imitando la actitud observada en el escolta.

El discurso de Gunther continuó. Establecía la conducta que debía seguir Louis en presencia suya. El "sucio judío" debía permanecer todo el tiempo a cierta distancia, no contestar con alguna seña ya sea de negación o para afirmar, sino gritando y anteponiendo el *herr hauptscharmfûhrer* infaltable. Y otras disposiciones más. Toda la perorata sin olvidar la incorporación alternada de insultos y palabras despreciativas. Después del sobado "¿entendió?" y la respuesta conducente, empezó a describir las faenas que Louis debía llevar a cabo.

En un momento inesperado por Louis, el *hauptscharmfûhrer* habló en francés al tiempo que fingía leer un documento que tenía sobre el escritorio.

-Voy a pedirte que vayas a buscar un expediente que está allá en el pasillo que no puede ver el guardia. Por lo pronto, contéstame que tú tampoco lo puedes interpretar.

Enseguida agregó en alemán.

-¿Qué significado tienen estas palabras?

-No puedo decirlo, están muy imprecisas *herr hauptscharmfûhrer* –contesté en el mismo idioma.

-Vamos a necesitar más datos. Quizá estén en el archivo de este preso. Vaya a aquel pasillo y tráigalo. Es el archivero tres. Pero antes lea la página en que se describen sus características.

Obedecí anteponiendo las exigidas frases.

El vigilante hizo intento de seguirme, pero alcancé a observar que Gunther lo detenía haciendo señales que indicaban que él podía mantener un ojo en mis movimientos y que para eso portaba su Parabellum JP-08 luger en la cintura.

Al abrir el mueble mencionado por Louis recibí una oleada de felicidad. Lo primero que miré fue un tosco envoltorio que contenía una pequeña colación formada de pan, queso y un embutido que no pude identificar.

Comprendí.

Aparecieron lágrimas en mis pupilas que no impidieron que devorara el regalo

Regresé con el archivo solicitado a mi sitio retirado del escritorio del agresivo jefe.

Por varias horas estuvimos realizando las triquiñuelas aprendidas para comunicarnos. Gunther se disculpó por lo reducido de su presente, pero, de hecho, le era difícil poder hacerlo. Vivía en el cuartel del ejército instalado en el mismo campo y sólo de vez en cuando salía a un departamentito que tenía en París. De todas maneras, podía continuar con sus entregas alimenticias,

pues daría órdenes de que se me trajera diariamente a sus oficinas para reportarle el resultado de sus encomiendas. Hizo énfasis en que yo debía ser extremadamente discreto pues existían soplones judíos que mantenían informado al capitán Fichte. Si descubrían alguna relación amistosa entre nosotros se le haría consejo de guerra, con final de fusilamiento asegurado. Aconsejó que tratara de demostrar gran menosprecio a los cautivos, sin dejar de mencionar que yo no era judío.

"Te hará ganar antipatías, pero tu actitud, que se le reportará al capitán, le agradará. Y eso será de gran protección para ti… y para mi"

No obstante haber encontrado un sistema de comunicación, éste resultaba limitado y no pude preguntarle acerca de la situación de mis padres. Tampoco en los tres días siguientes. Al cuarto, en el instante en que el policía me introducía en las oficinas de Gunther, oí, sorprendido, que éste ordenaba:

-¡Márchese a su puesto a la entrada del edificio! Ya no lo necesito.

-A la órden, herr hauptscharmfûhrer.

Quedamos a solas y, sin ponernos de acuerdo, nos dirigimos al lugar de los archivos del pasillo.

Nos abrazamos.

La mirada de Gunther volvió a ser la tierna que recordaba de mi amigo… la mirada de la tía Hilde.

*

Pasados los momentos en que la emoción nos mantenía en silencio,

pudimos conversar.

Y las palabras salieron en torrente.

Nos proporcionamos mutuos y rápidos informes del curso de nuestras vidas desde que nos separó su partida a Alemania. Incluso la risa tuvo cabida al recordar algunos pasajes chuscos de la infancia.

-Que tonto soy –dijo Gunther- Ve al archivero 3. Hoy pude traerte un poco más de comida.

En efecto, ahora encontré mayor cantidad, la cual no duró mucho tiempo sin desaparecer en mi boca.

Al regresar con Gunther, creí llegado el instante de preguntar por el destino de mis padres.

-¿Sabes dónde están mis padres? Fuimos apresados juntos y en el interrogatorio inicial se les envió a la sala B. Los he buscado durante las reuniones en el patio de los prisioneros sin resultados positivos. Simplemente, desaparecieron.

Mi protector me miró con aquellas sus pupilas de ternura, pero no habló durante unos segundos de duración infinita. Al final, lo hizo.

-No… pero puedo investigarlo. En cuanto sepa te lo comunico. Ahora es necesario que vayas a ejecutar las primeras encomiendas que te he dado. No olvides mis recomendaciones.

Caminó hasta la puerta de su despacho y, en cuanto la abrió, ya estaba instalado en su juego del doctor Jekill y el señor Hyde.

-*Schfûhrer* Halder. Traiga una de las bandas rojas.

El aludido, después de cuadrarse contestó con las palabras indispensables. Poco después llegó con lo solicitado.

-Coloque esto en su brazo, *schwein jûdish*, le autorizará a moverse por las instalaciones del campo sin escolta militar, pero tendrá que cuidarse de hacer mal uso de ella, porque de inmediato se le confinará en la galera B. ¿Entendió?

-Jawoh, herr hauptscharmfûhrer.

Ahora ¡lárguese!

Salí, con la cola entre las piernas como era de esperarse.

Fui directamente a la cocina para supervisar los trabajos en ella encomendados a judíos. La banda en mi brazo les informó de mi carácter en el campo. No se admiraron de ello, pero sí de mi conducta soberbia.

*

En el cuarto día de acudir a las instalaciones donde tenía su oficina Gunter, me dio la noticia.

Habían concluido los gratos episodios de los primeros minutos de intimidad: abrazo, saludo, consumo de los alimentos, agradecimiento. De pronto, una voz desconocida salida de la garganta Gunther dijo:

-*Ya puedo informarte acerca de tus padres.*

Desde la primera palabra ya mi piel erizada había anticipado las que seguirían:

-Fueron aislados y en cuanto se pudo se les envió a Polonia, específicamente Auchwitz, a cuarenta y tres kilómetros de Cracovia.

El golpe fue paralizante.

Mi camarada esperó con prudencia una reacción en mí. Tardó en llegar.

-Es… es… ¿una prisión?

-No, querido amigo. He decidido no ocultarte la verdad. Juzgo que, por dura que sea, es peor la incertidumbre. Tarde o temprano la descubrirías y tendrías mucha razón en odiarme.

Aunque tratando de suavizar las palabras, Gunther describió las prácticas de exterminio practicadas en esos lugares.

Fui yo el que pronunció las palabras de consuelo.

-Ya están descansando.

Callamos.

*

Louis, en la soledad de su litera, recordó que al día siguiente le había preguntado a su protector.

-Lo sabías desde el día en que te pedí informes sobre mis padres ¿verdad?

-Sí, pero no quise opacar la alegría de nuestro encuentro.

-Pero, ¿por qué a ellos? No les dieron la menor oportunidad de demostrar que no eran judíos ¿Por qué?

Gunther explicó que fueron denunciados por un “alto mando” que

acostumbraba remitir a prisión a personas escogidas por su condición de opulencia mal disimulada.

-Es demandado por la ley aquí impuesta que los bienes de los arrestados se deben registrar en la Comisaría General para los Asuntos Judíos. Esta dependencia se encargaría de embargar las propiedades de tu padre. Investigué y nunca fueron reportados los domicilios de la casa, ni los de la tienda de antigüedades. Sin embargo, ambos locales fueron saqueados. ¿Comprendes?

El capitán Fichte estuvo al tanto del caso, pero nada hizo. No le convenía enemistarse con el superior. Tampoco en los varios asuntos anteriores en que se involucraba el general.

Gunther dejó de mencionar a Louis, aunque lo sabía, el nombre del responsable de la muerte de los esposos Witzleben, pues ello aumentaría innecesariamente el rencor en el pecho del compañero.

Entonces comprendí la sonrisa del investigador al que ayudé en las interrogaciones a mi llegada. Aquella que iluminó su rostro en cuanto leyó el nombre escrito en la tapa del expediente con el caso mío y de mis padres. Gunther aclaró lo que yo intuía: ahí se señalaba el nombre del denunciante. También quedó manifiesta la razón del juicio instantáneo.

El *hauptscharmfûhrer* demostró sensibilidad al ordenarle a su protegido que fuera enseguida a cumplir con una misión.

Comprendí que deseaba mantenerme ocupado para no rumiar mis odios.

Louis se encaminó al almacén destinado a guardar las pertenencias de los recién arrestados. Era administrada por las “unidades de la calavera”, pero

empleaban a prisioneros como mano de obra, con las correspondientes dificultades de comunicación.

El aspecto de organización presentaba síntomas de caos. Me fue indispensable imponer orden a base de insultos y gritos. Mi teatralidad agradaba ostensiblemente a los S.S.

Poco a poco, y al cabo de algunas semanas, el almacén trabajaba satisfactoriamente. Pudimos resolver los grandes obstáculos que representaba la cada vez mayor afluencia de capturados.

*

Ahora que han pasado tantos años desde que tuvieron lugar los sucesos que rememoro me doy cuenta de que me había convertido en una especie de colaborador de los nazis, precisamente del enemigo contra el que luchó mi patria, del ejército al que pertenecía el "alto mando" que condenó a mis padres a morir en las cámaras de gases, el de los adversarios que debía odiar, pero entonces me consideraba un ser afortunado a quien se concedía el privilegio de conservar el pellejo.

Es difícil explicar la razón de mi proceder de entonces. Se debe encarar de frente a la muerte para hallar lógica en ello. El instinto de conservación, el apego a la vida, no tienen conciencia. Cuando se conoce la faz de La Parca las consideraciones morales huyen despavoridas.

Me sentía, eso sí, muy mal por tratar con insolencia a los pobres cautivos con la estrella amarilla en el pecho, pero lo efectuaba.

*

Un cautivo del campo, arrestado en Drancy por su comprobada militancia en la resistencia francesa, llegó hasta el lugar preciso para sus propósitos. El hecho resultaba difícil de conseguir y las pesquisas posteriores permitieron sospechar que las ramas del grupo rebelde se habían infiltrado en las entrañas mismas del considerado lugar secreto a nivel local.

La posición alcanzada por el prisionero estaba alejada de cualquier edificio del campo de concentración. La alambrada de ahí se acostumbraba retirar para dar paso al autobús usual empleado para transportar a los presos que serían deportados. Dentro del campo, el activista salió de su perfecto escondite para, con gran rapidez, atacar al chofer. El sorprendido conductor fue a dar al suelo muy golpeado. Mientras tanto, su agresor se apoderaba del volante y, luego de dar un violento giro, se fue a toda marcha hacia el exterior. La sorpresa fue tal que la tardía respuesta de los guardias nazis resultó infructuosa. Sus disparos no detuvieron al camión en fuga.

El recluso evadido no fue hallado, pero sí el camión aunque consumido por el fuego. Sus restos estaban en una parte despoblada más allá de los límites parisinos.

La noticia indignó al punto del clímax al capitán Fichte. Los demás presos sospechosos de pertenecer al ejército encubierto de la resistencia francesa fueron exterminados sin juicio previo. También los choferes franceses que colaboraban con los nazis. Su labor consistía en conducir vehículos adaptados para transportar a los deportados hasta la estación de Bobigny (a unos cuantos kilómetros de Drancy).

La demencia vengativa del jefe militar no terminó ahí. Apenas un día

después de la fuga, se presentó en el patio de reunión de los arrestados, donde ya se hallaban todos ellos. Un pelotón de soldados armados con ametralladoras lo acompañaba. También otro con fusileros.

Personalmente, con muestras de placer en el rostro, fue nombrando a los judíos –exclusivamente los de esta raza- por él seleccionados. Los soldados a punta de culatazos los separaban de los seres queridos. Enseguida los ponían en una fila al nivel de la alambrada de púas.

Cuando sumaron cincuenta, el capitán dio la orden.

Las ametralladoras sonaron con fuerza y los ajusticiados cayeron con varias perforaciones en su cuerpo. Inmediatamente, los encargados del fusilamiento volvieron sus armas contra los reos en el patio.

Acongojados unos, aterrados otros, los amenazados se hincaron para esperar las descargas que intuían. Pero no ocurrieron.

En cambio, vino un silencio prolongado que tenía efectos aún más pavorosos.

Tampoco hubo nada.

El capitán gritó:

-No dispondré el desalojo de la plaza hasta que presencien lo que sigue –dijo con una sonrisa espantable.

Un grupo numeroso de soldados fue sacando los cuerpos para apiñarlos en una montaña humana por fuera de la alambrada.

Ahí permanecieron por varios días, a la vista de los habitantes del campo.

*

Substituir a los choferes franceses no representó problema ya que era tal la necesidad de empleo en el París ocupado, que cualquier oportunidad no podía desaprovecharse, aunque, como era el caso, representara el peligro de ejecución. Aparte, la resistencia en la clandestinidad decidió no arriesgar a más compatriotas inocentes.

Gunther sabía que era costumbre establecida la ejecución de cincuenta presidiarios en todos los campos de concentración nazis en los que había evasiones o simple intento, pero ahí se escogían a las víctimas al azar. En Drancy el capitán Fichte había introducido varios cambios. Con nadie comentó Gunther el hecho y menos con su jefe, el cual tenía en ese momento frente a él.

-Lo mandé llamar por que hay un asunto que me preocupa y usted va a solucionarlo… bajo su estricta responsabilidad –dijo acentuando las últimas palabras.

Gunther interpretó correctamente el significado de ellas.

-Cumpliré a satisfacción suya, *herr hauptsturmfûhrer.*

-La indignación ya me es insoportable. Los trabajos que ejercen las gloriosas tropas de la *Wehrmacht* es denigrante para la raza aria. Me refiero a los soldados que preparan los vagones de los trenes que transportan a los aborrecibles *jûdish* a los campos polacos. Son en ese momento nada menos que criados al servicio de la ralea maldita. ¿Cree usted justo que les impongamos tal humillación?

-Por supuesto que no. Tiene usted razón.

-Pues entonces, póngale remedio a tal injusticia.

Gunther explicó que nombraría a los cooperadores entre los que tuvieran familiares entre los presos.

-Bajo amenaza de que si intentan fugarse, sus seres queridos se contarían entre los cincuenta ejecutados que ya saben es el castigo establecido.

-Muy bien pensado, pero quiero ver la lista de los que usted escoja.

Esa misma tarde Gunther presentó al jefe la relación solicitada. Entre los candidatos se encontraba Louis.

El capitán Fichte mostró extrañeza.

-¿Éste?

-Si. Es el que menos pretendería escapar. El muy estúpido piensa que sus padres están en otra prisión.

Fichte aprobó, con algunos cambios, la propuesta de su subordinado.

Las excepciones facultaron a Gunther para sospechar su carácter de informadores particulares del capitán. En la siguiente reunión se los indicó al compañero.

-Cautela con ellos, *mon cher.*

Enseguida le dio la noticia: Louis iba a tener la oportunidad de respirar el aire de fuera del campo.

-Unas horas de libertad.

*

Louis tuvo otras obligaciones. El día previo a una deportación iba a la estación de Bobigny acompañado del chofer francés. Su labor allá consistía en echar un poco de paja en el piso, distribuir cubetas de higiene y agua en cada uno de los vagones en que se apiñarían a los reos. Esa era la tarea que antes correspondía a "las gloriosas tropas de la *Wehrmacht*" que mencionó el capitán Fichte. Luego, regresaba al campo.

Pese a que se trataba de un acto triste (pues ahí viajarían muchos seres humanos rumbo al asesinato), para Louis representaba la oportunidad de cambiar la tristeza de los edificios de Drancy por una atmósfera limpia y con aroma de emancipación. Además, le daba oportunidad de platicar con un compatriota –para estas fechas, Louis odiaba su ascendencia alemana -, Claude, el chofer francés del autobús. Recibía noticias de la vida parisina que, por más que estuviera también enfangada por la ocupación y la guerra, venía a ser un paraíso por comparación. A través del tiempo llegaron a constituir una buena amistad, producto de la convivencia cada vez más frecuente.

Ya en la madrugada del día siguiente, Louis se encargaba de pasar lista de los reos que serían deportados. Éstos eran bajados al patio para formar grupos de sesenta personas, el cupo –sobrecupo en realidad- de cada uno de los autobuses que los transportarían a la estación del ferrocarril. Ahí esperarían por horas a los vehículos modificados para la operación. Cuando al fin arribaban y después de ser abordados Louis debía colocar el cerrojo imposible de correr por dentro del que le correspondía. De esta manera se aseguraba que nadie pudiera abandonar el camión. Lo mismo hacían los otros comisionados,

colaboradores como él, en cada uno de los automotores.

El turno que le correspondía, junto a Claude, era invariablemente el primero.

En Bobigny (bajo vigilancia de muchos soldados nazis del ejército regular) ayudaba a los muy debilitados condenados a subir las pequeñas escaleras colocadas exprofeso y cerraba herméticamente el vagón. Con ello, terminaban sus obligaciones y debía regresar al hoyo negro del campo. Sin embargo, como todas las operaciones eran lentas, no tenía horario fijo para el retorno. Entonces Claude y Louis se tomaban la libertad de dar un corto paseo muy agradable.

Procuraban no mencionar las terribles condiciones en que dejaban a los viajeros hacinados en furgones. Éstos habían sido utilizados en la primera guerra mundial con especificaciones: “Hombres 40, caballos a lo largo 8”. Tenían cuatro pequeñas ventanas cuyas características fueron modificadas: ahora aparecían, fuertemente fijadas, muchas tiras de alambres de púas que casi las obturaban por completo. En ese reducido espacio sesenta deportados habrían de permanecer hasta el día siguiente y luego viajar por demasiadas horas hasta su nueva prisión.

Louis calló, incluso a Claude, el conocimiento que tenía de su destino final.

*

Volví a sentirme afortunado. Ahora mis horas sin término de angustia y depresión habían hallado paréntesis de gran felicidad. Cuando la luz ilumina, el brillo de un fósforo no significa nada, mas en la oscuridad de un túnel es el

sol de la alborada. Comparaba mi situación con la del resto de los prisioneros en el campo y salía triunfante. Me convertía en algo así como el orgulloso boxeador al momento en que le levantan el brazo en señal de victoria.

También analizaba mi situación: tenía un techo para dormir, comida limitada, aunque más o menos soportable con las contribuciones de Gunther (a las que se sumaron otras ocasionales de mi nuevo amigo, el chofer) y, sobre todo, contaba con la fraternidad de Gunther.

Tras de que, gracias a Claude, pude conocer las condiciones de mi París invadido, comprendía que afuera de la prisión poco mejorarían mis circunstancias.

En el caso –hipotético a más no poder- de que decidiera fugarme de Drancy ¿a dónde iba a ir? ¿quién de mis conocidos aceptaría el riesgo mortal de ayudarme al saber que yo era perseguido por la S.S.? ¿podría ocultar esa condición? (en el supuesto de que no la hubieran comentado hasta la saciedad –como era lo más probable- mis dudosos salvadores). Tal vez, los únicos que me aceptarían se situaban entre los miembros de la resistencia francesa, pero ¿dónde estaban? ¿cómo podría comunicarme con ellos? Aparte, ¿sería yo capaz de transformarme en terrorista? ¿disparar un arma contra una persona?

Por supuesto, no podría condenar a Gunther a un consejo de guerra nazi por mi culpa. Ni tampoco a los cincuenta prisioneros al fusilamiento, ni a sus seres queridos al dolor de su ausencia.

No, no podía escapar.

Ni quería.

+

Pasaron los meses y en una de sus reuniones “para reportar resultados”, Gunther recibió a Louis con una noticia: el “alto mando” culpable de la deportación de los padres del amigo ¡había muerto de modo natural!

-Ya no existe razón para tu cautiverio aquí. Voy a hablar con el capitán Fichte para conocer su parecer. Va a ser difícil pues debo evitar cualquier sospecha de que deseo tu liberación. Creo que puedo encontrar el modo. Es indispensable esperar la coyuntura apropiada. Así que quizá tardará.

Un confundido Louis no pudo articular palabra y Gunther decidió abrazarlo. Ahí las ondas del cariño de hermano fueron convincentes.

Pasado el estupor, se pusieron a buscar formas en que a Louis le fuera posible sobrevivir en la libertad. Analizaron la idea de que ocupara el departamento que Gunter tenía en París, sólo para desecharla por sumamente peligrosa. Concluyeron en que se le conseguiría el cargo de chofer de los autobuses que transportaban a los presos seleccionados a la estación de Bobigny. Claude podría capacitarlo. De hecho, durante sus escapadas, como forma de entretenimiento, Louis había recibido algunas clases de manejo. Con el sueldo y los informes de Claude podría comenzar una vida en la emancipación. Surgió una sombra: ya no tendrían las reuniones con Gunther, hoy cotidianas.

-Buscaré la manera de salir del cuartel más a menudo. Ya planearíamos cómo vernos sin comprometer mi seguridad.

Las perspectivas parecieron muy atractivas.

Me ilusioné.

*

Por varias horas de insomnio dejé que la imaginación cabalgara como jinete profesional. Me soñaba a veces paseando a pie por la rivera del Sena, o, en otras, mirando a lo lejos sobresalir la cúpula del Sagrado Corazón, también me vi recorriendo las aulas del colegio donde estudié, y visitando el que fue nuestro hogar…

Llegué a convencerme que sería dichoso fuera de Drancy, aunque tuviera que volver para transportar deportados a Bobigny.

La consulta de Gunther con el capitán Fichte se llevó a cabo unos días más adelante y el protector se las dio a conocer al protegido.

-Ya pude hablar con mi jefe. Él está convencido de que no eres judío y tendrías derecho a ser liberado…

Las líneas de alegría en el rostro de Louis determinaron una suspensión en la noticia.

-Pero…

Bastó esa palabra para que el alborozo se transformara en angustia.

Gunther, aunque notó el cambio tuvo que continuar.

-Piensa que sería muy peligroso que tú salieras, porque sabes demasiado de lo que aquí acontece y no desea que se divulgue… entonces… entonces… decidió mantenerte en tu… en tu… actual condición.

Louis se dejó caer en una silla.

Todos mis músculos perdieron su capacidad de funcionamiento y la razón, cobardemente, luego de permitir ser superada, optó por evadirse.

Gunther, lo sacudió.

-Escúchame…escúchame, *mon ami*, no todas son malas nuevas. El capitán me ordenó que te diera uno de los cuartos vacíos para que no tengas que seguirte mezclando con los judíos. Vivirás con más independencia… con más privacidad… con más…

No pudo continuar.

Poco más adelante lo hizo.

-El cuarto que te escogí, es muy grande y se localiza en el segundo piso de la esquina entre los edificios A y B. Tiene agua, *chéri.*

La sonrisa de Louis era de las tristes.

-Además… -dijo Gunther como cantando la palabra-, además he podido conseguir más bonos de racionamiento y voy a darte algunos para que Claude te compre alimentos en las tiendas que él conoce. Cuando salgas a Bobigny le darás un poco de alivio a tu panza.

Era mentira, supuso Louis, pero aceptó el sacrificio de su benefactor.

*

Una vez pasado el primer efecto del golpe sufrido con la noticia de la negativa a ser liberado, tuve ratos de gran desaliento. Fue entonces que vino en mi ayuda una memoria (como si fuera el fiel perro San Bernardo con

su barrilito de cognac en mi lugar perdido entre la nieve): me acordé de los tiempos de estudiante y me pregunté: ¿qué hacías cuando llenabas el pizarrón con fórmulas y de pronto reconocías un error que cancelaba todo el desarrollo?

Y me contesté:

Simplemente, lo borraba.

¡Eso es lo que debo hacer!

Tomé el borrador.

*

Como quiera, la índole existencial había mejorado. Mi espíritu, ya para entonces sumamente aporreado, pudo asimilar el nuevo golpe. Empezó a descubrir superficies blandas a la nueva circunstancia.

El cuarto solo que ahora habitaba Louis era muy amplio y Gunther lo había dotado de algunas comodidades e utensilios de gran utilidad. El poder contar con agua -fría como escurrimiento de glaciar- constituía un lujo imposible de intuir en las habitaciones repletas de reclusos.

En alguna ocasión oí a la pasada cierto comentario de un viejo a otro en el patio de reunión:

“Moisés no llegó a pisar la tierra prometida…”

No entendí las palabras siguientes, pero esa frase se fue a depositar en algún lado de mi cerebro como una semilla. Cuando germinó, me hizo bien. ¿Qué caminos pudo seguir? No sé.

*

Las clases de conducción del autobús de Claude continuaron para formar espacios divertidos, incluso cómicos. Los bonos de racionamiento que le fui entregando conforme me los regalaba Gunther los hacía valer y religiosamente me traía los alimentos. Yo no podía escoger, pues dependía de la disponibilidad en el mercado. Naturalmente, a Claude le extrañó que yo pudiera conseguir tan escasa divisa.

-No me preguntes, estoy imposibilitado para aclararte. Son secretos internos que debes ignorar, incluso para tu propia seguridad –explicó Louis.

Claude comprendió.

Me dijo que tenía la precaución de hacer el cambio en diferentes lugares con objeto de evitar sospechas.

Lo platiqué a Gunther y, aunque trató de ocultarlo, su rostro honesto habría de delatar su alivio.

¡Ay, querido Gunther! ¡Cómo valoré tu amistad! Tu fraternidad era infinita. Fuiste capaz de arriesgar tu vida con tal de brindarme tan completo amparo.

El tiempo empezó a acumularse y las penas de Louis se metamorfosearon en costumbre.

*

El aire en el campo empezó a enrarecerse. Se sentían ondas de reajuste.

Los administradores, incluido el capitán Fichte, se ausentaban con una

frecuencia inusual. Llegó el cambio de actitud en el encarnizado enemigo de los judíos al grado –inconcebible en lo habitual- de delegar la elaboración de las listas de deportados a Gunther.

Otra innovación pudo apreciarse en el trato de los superiores a los subordinados, ahora con brusquedad disminuida.

Gunther no fue la excepción.

El número de "unidades de calavera" –en especial los más jóvenes- fue disminuyendo paulatinamente. Se negaron las salidas del campo a la mayoría del personal militar encuartelado. Por orden superior fueron prohibidos los radios de onda corta y se limitaron las reuniones antes acostumbradas.

No hubo aclaración acerca del motivo de las medidas, pero las malas noticias son como lluvia que siempre halla grietas en algún techo para formar goteras.

La inquietud entre los *totenkopfuerbande* tomó carta de autenticidad.

Gunther y yo platicamos sobre la causa, pues, como era natural, él, su posición en la jerarquía de la prisión, y su gran sentido de la suspicacia, tenían una teoría posible.

-La resistencia francesa está desusadamente activa. Su cabeza, Henri Rol-Tanguy, se atreve cada vez con mayor fuerza a realizar actos de sublevación. Si a esos síntomas, le agregas que estoy enterado de que empezamos… empezaron… los alemanes a perder la guerra, podrás imaginar que los capitanes de Drancy están haciendo arreglos para preparar su huída. De ahí que desaparezcan de estos rumbos. ¿No crees?

-Muy lógico.

Cuando el capitán Fichte ordenó a Gunther que hiciera la última deportación de judíos, el subordinado preguntó:

-¿Última?

-Sí, pero conserve la boca bien cerrada al respecto.

-Por supuesto, *herr* capitán.

Entonces, Gunther comprendió que erael momento de echar a andar su plan, cuyos preparativos ya tenían un tiempo de irse realizando.

*

Los bombardeos de las fuerzas aliadas habían destrozado las vías férreas que iban por el camino más corto de Bobigny a Auchwitz. Así que era necesario hacer una modificación de la ruta. Ahora resultaba indispensable primero ir a Viena, hacer una parada ahí y luego continuar a Polonia.

Para dar marcha al plan de Gunther empecé a preparar el camino para convencer a Claude, él era protagonista importantísimo para el buen éxito del proyecto.

-Amigo, sé que vas a tomar un improbable riesgo en la cooperación que te he solicitado, pero creo que vale la pena. Herr Langsdorff te donará todo su papel moneda que posee y, créeme, es importante. Sólo te recomiendo prudencia para irlo usando. –dijo Louis a Claude.

-Tú sabes que lo haría aun cuando no me dieran nada.

-Lo sé, pero no te vendrá mal, ¿cierto?

-¡Cierto!

Los compañeros rieron. Louis agregó:

-Además, a nosotros no nos serviría adonde vamos. Por otro lado, ya has comprobado que las medidas de seguridad se han relajado notablemente. ¿Cuánto tiempo hace que no revisan el interior del autobús que traes de su estacionamiento?

-Bastante. Y eso que soy el primero en entrar al campo.

-Por si fuera poco, debo decirte que, en caso de descubrirse la maniobra en que participarás, hay argumentos preparados para que se te exima de responsabilidad. Tú vas a correr un peligro muy relativo.

Los automotores que se empleaban para conducir a los reos que viajarían a los centros de aniquilación, no se guardaban en el campo. Desde la huída del miembro de la resistencia se evitaba que pudieran servir para un posible nuevo intento de fuga.

Los días de deportación, se les ordenaba a los choferes franceses que los sacaran de donde se mantenían estacionados. También a los guardias nazis encargados de su custodia. Luego, entraban a la prisión.

Al paso del tiempo, las “unidades de calavera” al cuidado de las salidas y entradas del exterior, conocieron a todos los choferes, pero de todas formas hacían una revisión minuciosa.

En las circunstancias de aquellos días, abandonaron muchas medidas de seguridad. Gunther lo sabía, aunque, por si acaso, tenía preparada una explicación.

Louis había platicado a Gunther de las frágiles condiciones del piso de madera en los viejos vagones que servían para el transporte de cautivos a los sitios finales.

El asunto fue anotado en la mente del amigo.

*

Gunther llamó al *scharfûrer* Halder y le dijo en tono casi amistoso:

-Voy a ir al centro de la ciudad. Es un asunto que me es imposible dejar de atender lo más pronto posible.

El rostro del subordinado reflejó extrañeza profunda, parecía preguntarse: "¿mi jefe dándome razón de lo que va a hacer?" Sin embargo, mantuvo la posición rígida habitual para el caso.

-Le voy a encargar que dirija la deportación de mañana. Aquí le dejo la lista de los reos seleccionados. Pienso volver al campo poco después de realizada la operación. Mientras tanto confío en usted. Sabe perfectamente lo que tiene que realizar.

El asunto se hallaba realmente fuera de todo lo establecido. Incluso se sabía que los capitanes administradores tampoco ocupaban sus puestos. Con todo, el comportamiento suave de su superior animó al sargento primero a mostrar también un poco de cordialidad. Como no le habían ordenado marcharse se atrevió ojear la relación que le entregara Gunther.

Se topó con el nombre de Louis Witzleben (precisamente en el primer lugar de grupo número uno) y abrió desmesuradamente los ojos. El director de las oficinas administrativas interpretó correctamente la reacción.

-Sí, él también.

Nueva sorpresa determinó que Halder avanzara en su acercamiento personal.

-¿Me dice que va al centro de la ciudad?

-Así es. ¿Por qué?

-Perdóneme… pero…

-Dígame, sin restricciones.

-Es que… hemos conocido casos en que la resistencia urbana... ataca a los militares alemanes… y…

-¿Y?

-Me preocupa su seguridad.

-Le aseguro que voy a tener cuidado.

El sargento se retiró. Antes de llegar a la puerta, tuvo que detenerse pues llegaron a sus oídos las palabras del superior.

-No se vaya… Halder.

Nada de trato castrense ni algo parecido.

-Quiero decirle… ¡Gracias!

Entonces el subalterno conoció la mirada afectuosa que tanto impresionaba a Louis.

Turbado y en silencio Halder salió de la oficina.

Gunther sonrió, mientras murmuraba para sí.

El plan marcha muy bien.

*

Ostentosamente, Gunther dejó el campo. Todos los guardias debían notar que lo abandonaba. Luego, fue conducido a su departamento en la zona central parisina.

-No necesito más de sus servicios –dijo al conductor del vehículo.

-¿Debo venir más tarde? *herr scharfûrer.*

-¿Le he pedido que lo haga?

-No, señor.

-Entonces ¡esfúmese!

Sí, señor.

Gunher salió del automotor militar dando un portazo.

Fue directamente a su morada. Sin pérdida de tiempo, se puso a revisar con detenimiento todo lo que tenía dispuesto. Ahí estaban: la herramienta, la cena de productos no perecederos para esa noche, los alimentos del mismo tipo para después, los bonos y papel moneda que daría a Claude, los bienes poco voluminosos que podría emplear fuera de París, la ropa civil holgada y con muchos bolsillos, la bufanda y la gorra capaz de tapar la cabeza y la frente. Enseguida se los probó, con todo el cargamento. El espejo le dijo que no podía ser reconocido con esa indumentaria. Sería tomado por un tipo gordo, pero nunca como portador de tantas cosas.

Ahora era necesario acomodar el inmobiliario y pertenencias para que diera la impresión de haber sido abandonado de la forma habitual.

Colgó su uniforme con extremo cuidado, así como la pistola y zapatos militares. Al llegarle el turno a la medalla de la Cruz de Hierro, tuvo el impulso de escupirla, pero no lo hizo.

“Peligroso”.

Contrariamente a ello, se dedicó a limpiarla hasta dejarla reluciente…. como si fuera su máximo orgullo.

*

Pese a que se acostó temprano, Gunther no durmió bien, sabía que le esperaba una larga y pesada jornada.

Muy avanzada la noche, víspera de la madrugada, fue hasta el lugar que Louis había designado para que ahí lo recogiera Claude, No hubo contratiempos.

Antes de subir, Gunther le entregó al chofer los bonos prometidos. Le mencionó su agradecimiento y luego, espontáneamente, se abrazaron.

-Sé que sabes de que no podrás ser acusado de nada, debo decirte que, si llegaran los custodios a descubrir mi presencia en la entrada del campo, les diré que deseo llegar de manera incógnita para sorprender a un soldado que sospecho está haciendo cosas censurables. Tú me estás ayudando y todo es con mi total autorización, es más, obedeciendo órdenes mías. Por supuesto, les demandaré, lo más groseramente posible, que se callen para no frustrar mi acción.

El militar, dudó en continuar, finalmente lo hizo.

-Por otra parte, Louis me dijo que mostraste cierto temor a las represiones, pero…

-Sí, señor y estoy convencido de que ni usted ni él pondrían en riesgo a un ser humano. Mi discreción será absoluta.

Sin nada que agregar, Gunther subió al autobús por la parte trasera y fue a ocupar uno de los rincones, el que había convenido con Louis.

Como estaba previsto, los guardias de la entrada, realizaron una revisión poco minuciosa.

Y Gunther entró, totalmente inadvertido, al campo de concentración de Drancy.

*

En el patio central del penal se hallaban, desde horas antes, los cautivos. Aquellos de ellos que serían transportados a Bobigny, formaban los grupos de sesenta que entrarían a los autobuses.

El reo encargado de leer la lista de seleccionados era uno de los que Gunther sospechaba espía del capitán Fichte. Tomó la lista y al notar el nombre que la encabezaba, lo pronunció sin disimular su alegría.

El gesto no pasó desapercibido por Louis y le hizo recordar que instantes anteriores el colaborador había tenido una reacción igual. Ocurrió en el momento de designar a los condenados para que formaran los bloques de reos. También rememoró la ausencia de frases de consuelo que normalmente se

pronunciaban cuando el escogido pasaba para ocupar el lugar asignado.

“Una fría despedida. No los culpo, la tengo bien ganada”.

Ya colocado en el sitio inaugural de la deportación del día, miró hacia donde aguardaban los autobuses. Un alivio fue la respuesta al percibir que el vehículo de Claude ocupaba el lugar inicial. Además, el conductor mostraba la apatía previamente proyectada y que era indicadora de que todo se deslizaba sobre terreno liso.

Sin hablar, Claude le dijo “ningún problema”.

Así que, en cuanto el colaborador mencionó su nombre y apellido fue de prisa al autobús y al rincón que sabía ocupaba Gunther. A despecho de la oscuridad por la ausencia de luz solar, pues faltaba bastante tiempo para que amaneciera, avizoró la figura encogida de su camarada. De inmediato fue a colocarse en la posición adecuada para tapar con su cuerpo el pequeño bulto que era Gunther.

No cruzaron palabra, ni siquiera en cuchicheos.

Los demás presos que atestarían el automotor estaba formado por los más viejos, debilitados, de delgadez imposible, y sin más deseos de vivir que el proporcionado por su fe religiosa.

Gunther los había elegido por razones humanitarias y, también, por conveniencia para el éxito de la aventura. No desconocía que su superior, el capitán Fichte, iba a indignarse al conocer su deportación (pues gozaba con el desmoronamiento físico de los odiados judíos), pero eso añadía sabor a su decisión.

La incapacidad corporal de los condenados hizo muy lenta la operación: era necesario ayudarlos, casi cargándolos, para lograr su entrada al autobús. Tan pronto en él, se tiraban en el piso, exhaustos por el esfuerzo de la espera en el patio. Ninguno tomó nota de la presencia de nadie más que la de sus seres allegados.

Finalmente, con un pasaje apiñado uno sobre otro, partió el vehículo a la estación de Bobigny.

La primera fase del proyecto se completó.

Ahora venía lo peor.

*

Gunther y Louis abrieron el ejercicio de salida del autocar para entrar al vagón estacionado en la terminal ferrocarrilera. Con prontitud fueron al rincón que Louis había considerado el más pertinente. Para ello (durante la anterior visita a la estación con Claude), tuvo que inspeccionar la parte de abajo del furgón, es decir, la idónea para la perpetración del objetivo. No quería encontrarse con la sorpresa de algún eje, u obstáculo, que dificultara la maniobra programada por Gunther.

El, hasta entonces, importante jefe en el campo de concentración, sabía que el vagón iba a ser abandonado como cosa inservible en algún lugar de la última morada de los judíos. Estaba seguro de que, gracias a las medidas que tenía pensado tomar, difícilmente se percatarían de nada, lo cual aseguraba la ausencia de represalias en Drancy… si es que aún existía alguien capaz de dar la orden.

Por otra parte, confiaba que su desaparición sería catalogada como producto de la venganza de la resistencia gala. Casi escuchó en la imaginación las palabras de su lugarteniente Halder: “se lo advertí, pero no quiso escucharme”.

La labor de introducir a los endebles prisioneros al vagón resultó ahora más difícil, por la altura de la entrada. Al final, la masa semejaba montones de carne humana depositados en la basura. Gunher y Louis, tenían el espacio conveniente para llevar a cabo lo ideado.

No iniciarían la tarea hasta que fuera oportuno, en otras palabras, hasta que las condiciones de los deteriorados rieles empezaran a hacer muy ruidoso su transitar. Al fin, que tiempo sobraba.

Mientras tanto, repasaron, mediante susurros a los oídos y en alemán, los pasos a seguir.

Gunther dio a Louis una escasa colación.

-Traigo poca, así que tenemos que ir regulando su consumo. Esta travesía va durar más de un día completo, tal vez dos.

En el momento oportuno, el antiguo “unidad de la calavera” proporcionó la herramienta que tanto trabajo le había costado conseguir, pero que parecía conveniente para el objetivo. Se trataba de dos grandes cuchillos con sierra en un agudo filo, uno para cada uno de los amigos. Los instrumentos eran de acero inoxidable y propios para el llamado “uso rudo”, su estructura parecía irrompible. Gunther traía también un martillo un cordel y varias fuertes grapas, pero ese material sería usado en la labor final.

Sentados en el piso y con las piernas abiertas, trazaron un círculo de diámetro suficiente para que cupiera el cuerpo de cada uno por turno.

-Debemos dejar cuatro espacios de sostén –dijo Gunther mientras señalaba los puntos equidistantes en la circunferencia dibujada.

Y agregó:

-No sea que se nos caiga la tapa antes de tiempo.

La observación que había hecho Louis era notoria. El piso del vagón mostraba una porosidad muy avanzada en su madera y no sería imbatible.

-Nos va a costar bastante trabajo, pero contamos con mucho tiempo para lograr lo que buscamos.

El ruido de un tren avanzando sobre rieles dañados ayudó para que los demás presos no se dieran cuenta de lo que estaban llevando a cabo. También el hecho de que ellos se habían concentrado en sus propias penas y el contorno tenía poca importancia. Su fe religiosa los mantenía en constante oración colectiva.

-…cuando estaba en angustia, tú me hiciste ensanchar… ten misericordia de mí, y oye mi oración…Jehová oirá cuando yo a él clamare… en paz me acostaré, y asimismo dormiré…

Si algunos no rezaban era porque estaban dedicados a morirse.

Las condiciones de este viaje y las de los viajeros eran mucho más duras que cualquier otro anterior. Resultaron factores demasiado insoportables para bastantes de ellos.

Louis y Gunther escucharon una voz que decía.

-Está muerto, querida, oremos por su alma.

Y otras expresiones indicadoras de más fallecimientos. Algunas en un idioma que no entendían, posiblemente hebreo.

Sin embargo, aunque el asunto era triste, los amigos sabían que sólo estaban adelantando su fin. Podía considerárseles venturosos.

No pudo impedir Gunther que la razón le indicara que había sido muy acertada su elección de quienes serían sus compañeros de viaje.

Desde el instante mismo de entrar al autobús designado a Claude los malos olores habían mortificado el olfato de Gunther. Conforme pasaba el tiempo en aquella confinación el tormento crecía. Alcanzó alturas gigantescas y tuvo deseos de vomitar. Fue indispensable echar mano de su fuerza de voluntad para evitarlo. Encontró el medio en su acercamiento a las ventanillas del vagón. No sólo encontraba alivio a su asco, sino también podía leer los letreros de las estaciones que iba tocando el tren. Ello lo facultaba para reconocer el avance ya que el mismo recorrido lo había hecho varias veces cuando visitaba a su tía Hilde. Aparte, tenía memorizados los mapas de la ruta programada para el convoy.

“Falta mucho” –se quejaba mentalmente.

Nada mencionó a Louis acerca de sus penalidades olfativas porque el ex-prisionero no evidenciaba afectación,

Para justificar su momentáneo paro laboral, le decía que necesitaba descansar un rato.

Las raciones de alimentos quedaron en adelante para consumo exclusivo de Louis, pues el estómago de Gunther no toleraba visitantes de tipo alguno.

La obra quedó terminada: la circunferencia perfectamente perforada ya sólo era sostenida por los cuatro puntos recomendados por el director del proyecto.

Como si admiraran el hermoso cuadro que entre los dos hubieran pintado, ambos compañeros de aventura, mostraron satisfacción.

Estrecharon las manos.

-Muy bien, maestro.

Ya sólo quedaba esperar.

Pero aún debía transcurrir mucho tiempo.

Louis, se enredó alrededor de la circunferencia e, increíblemente, se puso a emitir ronquidos muy sonoros.

A Gunther le quedó la alternativa de ir a colocar la nariz por entre las púas del alambrado de una ventanilla.

El letrero de la estación que tocó el tren decía: Linz.

Entonces, Gunther supo que la próxima sería Viena.

*

Era de noche y, como estaba planeado y Gunther sabía, el convoy se detuvo en la estación ferrocarrilera de Viena.

“Si todo se cumple, estará sin moverse hasta mañana”

Esperó, junto a Louis, a que pasaran las primeras dos horas para asegurarse

de que la terminal estuviera desierta.

-Es lo más probable pues son blanco seleccionado para los bombarderos, Louis. ¡Oh! Debo acostumbrarme a llamarte Jean y tú a mí Antoine. Recuerda que somos dos franceses que salimos de nuestro país para encontrar trabajo. Procuremos también siempre hablar en francés.

Así habían acordado para evitar que fueran identificados por los servicios de inteligencia… en caso de que todavía trabajaran en aspectos como ése.

Louis sería de ahora en adelante Antoine Claudel (en una especie de homenaje a Claude, el chofer del autobús, a quien debían gratitud) y Gunther, Jean Fournier, que fue el nombre que se les ocurrió, sin razones específicas.

-Estamos sin papeles de identificación por haberlos perdido en un ataque aéreo a París. Nos quedamos con lo puesto. Hemos sufrido multitud de penalidades para llegar hasta aquí. Venimos porque nos informaron que podríamos conseguir un empleo.

Pasado el tiempo conveniente. Gunther-Jean clavó una de las grapas en el centro del círculo casi totalmente perforado, con el objetivo de que alguno de los dos sujetara la tapa cuando empezaran a eliminar el último punto de apoyo. No podían permitir que se cayera haciendo un ruido peligroso. Fue una tarea lenta pues temían que los martillazos causaran problemas. No los habría con los semi-cadáveres del furgón, pero sí, en caso de algún vigilante externo. Daban un martillazo cada dos o tres minutos. A nadie llamó la atención el sonido del golpe. Para terminar, ataron el cordel traído ex profeso para poder bajar la tapa suelta

-Es muy probable que no exista persona afuera. Esto debe estar totalmente abandonado por las noches. Sin embargo…

Terminaron la última operación y el agujero hacia la libertad quedó abierto. Después de bajar con cautela la tapa hasta el piso, salieron sin dificultad hasta el piso entre las vías.

-Ahora debemos colocar la tapa para que el hoyo se descubra, si llegara a serlo, hasta mucho después del arribo a Auchwitz.

Llevaron a cabo con las grapas que faltaban. Para ello, siguieron el mismo método de martilleo pausado. La parte más difícil consistió en liberar la grapa central.

-Creo que la clavé demasiado

El silencio respondió como en las anteriores oportunidades.

El temor de ser descubiertos nos impidió disfrutar el momento de emancipación. Acabábamos de abandonar aquel foco de muerte y, lejos de sentir alegría, nos dejamos dominar por la sensación de ser ratones asustados.

En un intento por disipar los vapores de incertidumbre, Jean respiró profundo un aire que, pese a las emanaciones naturales de un ferrocarril y su estación, pudo calificar como el más puro del mundo.

Se ubicaron en el sitio.

-La casa de la tía Hilde está en esta dirección ¿recuerdas Lou… Antoine?

En cuanto pudieron enterraron la herramienta usada para que, si fueran

detenidos, no les hallaran objetos con potencial de armas.

No quedaba más que afrontar el albur de transitar a pie por las calles vienesas de madrugada y sin salvoconducto. Además, tenían limitada idea de las actuales condiciones de vida en toda Ostmark (nombre que recibió Austria durante su anexión al III Reich).

*

Viena había sido un Edén comparada con muchas ciudades bajo el dominio nazi. Hasta 1944 se hallaba fuera de distancia para los bombarderos de la época, incluidos los llamados “de largo alcance” de los británicos.

La vida citadina era, no sólo soportable, aún placentera. Se desconocía el toque de queda y las diversiones nocturnas tenían audiencia numerosa. Existían sí, cartas de racionamiento, pero también dinero. Y se ignoraban los controles policiacos en las calles.

Prácticamente todos los entonces alemanes con capacidad física y edad entre los quince y los sesenta años habían sido reclutados para ir a los frentes de guerra. Por esa razón, se contrataron a obreros extranjeros para las fábricas que surtían al ejército de armas y artículos indispensables. La capital se pobló de ciudadanos foráneos. Especialmente los que alguna vez formaron parte del Imperio Austro-Húngaro (croatas, eslovenos, bosnios, húngaros, eslovacos). Pero también se hallaban turcos, lituanos, griegos, holandeses, belgas y, por supuesto, franceses. Para completar el panorama de ciudad cosmopolita, se sumaban los prisioneros rusos de naturaleza muy diferente a la de los reos de guerra de los demás países en conflagración. Aquí gozaban de libertad concluidas las horas de trabajo. Muy probablemente se negarían a volver a su

tierra (en caso de que pudieran).

Al caminar por las zonas públicas de Viena se escuchaban multitud de idiomas y se observaban conductas personales distintas a causa de las costumbres típicas de cada lugar de origen.

En cuestión de religiones también se notaba gran divergencia. Podían reconocerse a católicos, ortodoxos, protestantes, musulmanes y otros.

Viena no quería que se olvidase su fama de “capital de la música” y, pese las dificultades lógicas, podía asistirse a conciertos. Asimismo, a teatros, y restaurantes que ofrecían una comida que ya desearían en el mismo Berlín.

No resultaba casualidad que fuera el sitio favorito de los soldados con licencia.

Por las mañanas circulaban los *tramwaiys* repletos de obreros en camino de sus trabajos.

En las fechas en que “Jean” y “Antoine” arribaron a la ciudad, ya se había realizado el primer ataque aéreo a Viena el diecisiete de marzo de 1944. Tuvo como objetivo la producción de combustible en Florisdorf.

De todas formas, se vivía como jamás pudo imaginar el ex prisionero de un campo de concentración para judíos.

*

Uno –si no es el mejor- de mis recuerdos es el rostro de aquella mujer madura y poco agraciada al que tornaban en belleza inigualable sus lágrimas de dicha.

La tía Hilde nos recibió con un "lo sabía, lo sabía el corazón me lo había avisado" en cuanto nos vio en la puerta de su departamento.

No le importó lo avanzado de la noche ni lo intempestivo del arribo de dos seres de los que no tenía noticia desde ya bastantes años a la fecha.

-Mis hijos, mis hijos –repetía con alegría.

Nos colmó, a los dos por igual, con besos y caricias. No podía dejar de hacerlo. Era mayor su felicidad que los deseos de conocer la razón de que estuviéramos ahí. Tuvieron que pasar muchos minutos de manifestaciones cariñosas antes del momento de la indispensable aclaración.

Para mí, que casi desconocía la existencia de tales expresiones sentimentales en mi ambiente hogareño (y menos en Drancy), me produjeron una sensación que, de tan agradable, me colocaron en un planeta diferente. Me di cuenta que también lloraba, pero que, al sentir humedad de ese tipo en mi cara, se me calentaba el interior del cuerpo. No quise observar a Gunther para poder disfrutar aquellas sensaciones, pero de seguro el también estaba igual de emocionado.

No podían ser eternos los desahogos espirituales y fuimos relatando a la tía nuestras historias. De todos modos, nos interrumpía de vez en cuando para retornar a los mimos. Con una mano sostenía la de Gunther y con otra la mía. Pero escuchaba atenta.

Supo de las condiciones que fueron atropellando nuestra voluntad para hacernos caminar por fuerza en senderos indeseables. También de las condiciones de la fuga y el largo trayecto desde la estación de ferrocarril

hasta la casa. Increíblemente para nosotros no se presentó el mínimo contratiempo. Llegamos a mirar algún transeúnte, pero lucía despreocupado y ni siquiera nos prestó la menor atención.

-¡Ay! deben estar muriéndose de hambre. Ahorita les traigo algo. No será mucho –se disculpó- porque tengo restricciones, pero…

-No tía, podemos esperar.

-Nada es más urgente. Espérenme tantito.

Volvió con pan, queso y ¡leche!

Vi aquellas ricuras como salidas de la lámpara de Aladino. Y ¡claro! las engullimos sin más oposición. Efectivamente "nada era más urgente".

Gunther mostró los bienes que traía y ahora la que pensó en Aladino fue la tía.

-Mañana mismo les prepararé una cena abundante y rica para celebrar su llegada. Por ahora no he de pensar en economías pensando en el futuro.

Estuvo de acuerdo en que, de hoy en adelante, Gunher sería Jean Fournier y yo Antoine Claudel, dos jóvenes franceses que le habíamos alquilado un cuarto para conveniencia de los tres.

-No creo que nadie en el barrio los recuerde. Están ustedes muy cambiados y, aparte, los vecinos que quedan son demasiado viejos.

Por su parte, teníamos que olvidarnos del "tía" cuando hubiera algún oído cerca. Tuvimos que ensayar, entre risas.

-Jean –decía ella- señalando a Gunther y Antoine, a mí.

Fue más difícil para nosotros el "madame Langsdorff, o simplemente Hilde".

Tuvimos que proyectar el futuro.

-Voy a hablarle a Alfred, un sobrino que no conoces… Jean… porque siempre estaba enfermo. Con gran esfuerzo trabaja en una fábrica de materiales de guerra y me ha dicho que están muy escasos de empleados y obreros.

Hizo una pausa.

-Por ahora deben descansar. Veo que apenas pueden mantener los ojos abiertos.

En la casa había un cuarto desocupado y rápidamente lo acondicionamos para poder dormir. Hilde sacó de donde pudo lo necesario. Jean y yo nos acostamos y la tía nos arropó como si fuéramos bebés.

Sí, debíamos descansar.

Dormimos por más de doce horas.

*

Pasada la última visita vacacional que hicieron Gunther y Louis, siendo estudiantes, a la entrañable tía, ella se dedicó a sus clases en el colegio. Con el tiempo fue su directora y, aunque hubo oportunidad de laborar en instituciones de estudios superiores, la maestra Hildegard Langsdorff prefirió mantenerse en la institución propia para sus instintos maternales.

Al momento en que "Jean" y "Antoine" se instalaron en su casa, la escuela

seguía laborando, igual que las universidades, pero se preveía que pronto serían cerradas.

Alfred, el sobrino de salud deficiente, llegó a la casa de Hilde. Con ella tenía unas relaciones muy cercanas por la necesidad de cariño de los dos, la empatía de temperamentos y su repudio a los nazis.

A causa de tales condiciones, la existencia de otros dos amores familiares, lejos de producir celos, dio lugar a un afecto instantáneo y mutuo. Alfred conoció sin restricciones la biografía personal de los "franceses" y rápidamente hizo planes para conseguirles trabajo.

-Donde presto servicios, es una fábrica de pertrechos para el ejército. Está en una zona industrial muy expuesta a bombardeos, y, lógicamente, hay escasez de obreros y de empleados. Dos prospectos como ustedes, con preparación académica, aun cuando no puedan demostrarla, y sobre todo, de habla alemana, serán bienvenidos. Debo decirles que, por ser extranjeros, se les dará un sueldo menor a los nacionales, así sean jóvenes. El riesgo es grande, pero hay refugio contra ataques aéreos y, no creo que puedan hallar otra cosa. Yo mismo, me tengo que ajustar a la realidad. Ustedes dicen si aceptan.

-Por supuesto, aceptamos.

Estimaron indispensable ponerse de acuerdo en una historia creíble que conocieran los tres para no caer en contradicciones en caso de presentarse curiosidad de jefes y, más adelante, de compañeros de trabajo.

-No me cabe duda de que serán contratados.

*

El jefe de personal de la planta resultó ser un vienés setentón de amigables modos. Nos recibió sin demora en cuanto llegamos acompañados por Alfred. No ocultó el entusiasmo que le originaba el poder contar con nuestra colaboración. Apenas unos minutos después de habernos entrevistado, ya estaba ordenando que nos dieran cartas de alimentación y el invaluable "auchweis", salvoconducto.

Jean fue asignado al departamento de logística y yo al de producción, con cargos que se irían determinando al demostrar mis capacidades. Debíamos integrarnos a las oficinas, lugar exclusivo para Jean y transitorio para mí, pues tenía que desplazarme a diferentes puntos de la planta, según fuese necesario. Al final del día de labores tendría que reportar al centro de operaciones.

Desde un principio compartimos con los empleados, todos austriacos y de edad madura. Nos cobijaron con una simpatía que era reflejo de la estimación que sentían por el enfermizo Alfred, de carácter cercano al de amuleto privado de la institución. Se le reconocían grandes inteligencia y cultura las que, con frecuencia daban fruto a ideas provechosas. Por otra parte, dominaba el idioma ruso, lo que era muy conveniente, ya que la planta tenía obreros de ese origen incapaces de aprender la lengua local. Se le perdonaban las faltas a laborar que su precaria salud imponía ocasionalmente.

Esa noche fue de celebración, debido ahora a dos causas. La cena prometida por Hilde resultó maravillosa y el reciente liberado de prisión, tuvo

oportunidad de probar alimentos cuya existencia apenas recordaba. Alfred fue invitado y los lazos se estrecharon al estar unidos por el calor que desprendía Hilde y que calentaba a todos.

A partir de entonces vino para mí el periodo esplendoroso –no puedo catalogarlo de otra manera- el cual, sin importar las doce horas diarias de trabajo, rebozaba bienaventuranza (palabra exacta), paz, tranquilidad y alegría de vivir, gracias a Hilde y sus ondas de ternura. Podía mantenerse callada y aún así hacerme sentir el ser que gozaba de la mayor dicha posible.

Etapa, pues, en la que no sólo se restituyó mi cuerpo mal nutrido, también un espíritu quizá más necesitado de sustento.

Siempre me resistí tesoneramente a romper el encanto de la presencia mágica de Hilde porque "ya era muy tarde y teníamos que descansar".

Cada vez que pudo, nos acompañó Alfred.

*

El hijo del hermano menor de Hilde, Alfred Langsdorff, nació de una madre ya bastante mayor que casi muere en el parto. Desde bebé le fueron infaltables cuidados que, con cierta frecuencia, resultaban insuficientes y en diversas oportunidades lo colocaron en situación mortal. Los médicos juzgaron contra las leyes de la naturaleza que siguiera con vida, por raquítica que fuera. Sin embargo, contra los pronósticos, el niño creció y tuvo manifestaciones de notable inteligencia y memoria extraordinaria. Sus horas de reclusión involuntaria fueron aprovechadas para construir una cultura musical y literaria muy superior a la de la inmensa mayoría de los infantes de

su edad. No fue a colegios, pero las clases privadas de maestros de prestigio le construyeron un bagaje que llegó a superar a la de los propios preceptores.

La supervivencia no formó parte exclusiva de las características “sui generis” de la existencia de Alfred. Su propia concepción y las extrañas condiciones paternas la marcaban como digna de una mala obra teatral.

El padre, Walter, considerado durante su soltería como la clásica “oveja negra” de los Langsdorff, vivía siempre endrogado y escabullendo las responsabilidades. Se le consideraba alérgico al orden y al trabajo, pero fiel fanático a las parrandas y aventuras de nula honorabilidad.

La madre, Natasha Korolenko (nombre probablemente falso) tenía un pasado enigmático. Había llegado de algún lugar de Rusia, presumiblemente huyendo a las consecuencias de la revolución. En la mejor de las interpretaciones sobre su origen, se daba como cierto que procedía de la aristocracia y por fuerza debía ocultar su historial. Dinero sí tenía y sirvientes en gran número también. A poco de su arribo a Viena, se hizo de una casa grande, cercana a la ópera, y se instaló con cierto lujo, que a duras penas trataba de hacer pasar inadvertido. La residencia legal de Natasha en Austria debía ser producto de una identidad que se suponía comprada.

La casa se enriqueció con magníficas biblioteca y obras musicales. Predominaban las de procedencia soviética y en el idioma de allá. No constituyó obstáculo para que posteriormente Alfred las disfrutara a cabalidad.

La unión legal del joven Walter y la adulta mayor Natasha mostraba etiqueta de matrimonio de conveniencia. A ella le reportaba la ciudadanía austriaca y a él una situación económica muy adecuada a su conducta

disipada. No obstante, hubo embarazo y el fruto de un heredero.

La audacia de la rusa tuvo consecuencias y sus circunstancias existenciales sufrieron limitaciones. Ellas la obligaron a un contacto madre-hijo restringido. Alfred, gozó mayor convivencia con Anna, la ayuda de cámara y real administradora del hogar.

De Anna aprendió el ruso ya que la mujer no pudo hablar el alemán. Incluso, hubo de servir de traductor de ella y, como consecuencia, Alfred dominó completamente ambas lenguas. Tal logro le permitiría deleitarse al máximo con las joyas culturales del hogar.

En el tiempo en que Natasha murió ya Alfred había descubierto a la tía Hilde, así que no se afligió mayormente.

Vinieron las restricciones del estado de guerra. Al lujurioso Walter y maltratada anatomía le llegó la orden de reclutamiento al ejército. La rutina militar resultó demasiado para él y pronto abandonó la vida. Ni siquiera tuvo que soportar un minuto en el frente de batalla.

La casa grande de Alfred fue paulatinamente clausurando habitaciones y perdiendo personal.

Cuando arribaron a Viena Jean y Antoine, Alfred habitaba en soledad un solo cuarto y, cuando enfermaba, debía recurrir a sustitutos de las medicinas. Con todo, no padecía verdaderas dificultades para la sobrevivencia. Trabajaba más por distracción que por real necesidad.

*

La contratación de los franceses Jean y Antoine probó ser un acierto. No

sólo aprendieron rápidamente sino que contribuyeron con ideas frescas a la buena marcha de la fábrica.

Tal vez fue Antoine, en el área de producción, quien resultara más valioso. Su habilidad refrescó los sistemas acartonados y reacios a las modificaciones de directores mecanizados que rehusaban salirse de rutinas cuya modificación era necesaria (debido a los cambios obligados por las circunstancias). Su capacidad para comunicarse con los obreros –cualquiera que fuera su lenguaje- daba agilidad a los procedimientos. Su ingenio le permitía sacar el mayor rendimiento a las condiciones cambiantes por las limitaciones que los bombardeos iban imponiendo.

En la labor de Antoine contribuyó Alfred por su conocimiento del ruso, pues cada vez aumentaba más el número de obreros que venían de los campos designados a los soviéticos capturados en acciones de guerra.

Alfred también se benefició notablemente por la influencia del francés, ya que le llegó una motivación que fortalecía sus capacidades.

Al final de cada día de labores se reunían en las oficinas administrativas para dar los reportes oficiales. Ahí se encontraba Jean. Las convivencias en los refugios contra los cada vez más frecuentes ataques con bombas, determinaron una camaradería con los austriacos de la dirección. De hecho, los tres salían junto a ellos al término de las labores y no tenían que sujetarse a las revisiones y registros que se instauraron para control de los trabajadores extranjeros. Los guardias consideraban que Jean y Antoine eran también vieneses. Tal hecho fue aún más conveniente cuando se hicieron costumbre las redadas para obligar a los jornaleros foráneos a realizar tareas. Muchas de ellas de gran

peligro.

Hilde los despedía en las mañanas con angustia pues el riesgo de que murieran durante un bombardeo era latente. Ella estaba a salvo porque las zonas donde se desenvolvía, su hogar y el colegio, no eran blanco de los aviones. Ni siquiera tenía que ir a los refugios.

“Pero mis hijos, mis hijos, ¡oh, qué pena!”

Por unos meses la situación se mantuvo, mas la destrucción de varias fábricas que alimentaban de partes a la planta para su funcionamiento, forzó a un corte de personal. El departamento de logística fue eliminado y Jean tuvo que quedarse en casa. A Antoine lo retuvieron pues siempre encontraba la forma de sacar provecho de lo poco que podían conseguir. Alfred iba a la fábrica aun cuando no fuera convocado, prefería estar ahí que encerrado en la tumba que era su casa.

Un día, al regresar Antoine al hogar, se encontró con la novedad del cierre del colegio donde Hilde prestaba servicios.

*

El aspecto relativo a la obtención de los medios necesarios para la supervivencia no representaba un problema inmediato. Todavía quedaba algo del capital traído por Jean y también de la herencia de Alfred, quien se integró a la familia.

Había algunas solicitudes de trabajo para la reconstrucción, pero la capacidad física de Jean no le permitía intentar labores tan exigentes. Así, que Hilde y Jean se dedicaron a no abandonar la seguridad de la casa. Tal vez en el

futuro se reabriría la fábrica.

La angustia de Hilde se concentró en la seguridad de Antoine y de Alfred

-Cuídense mucho.

-No te preocupes, el refugio antiaéreo es muy seguro y siempre alcanzamos a llegar antes de que caigan las bombas. Además, nuestra fábrica parece como si tuviera pararrayos contra ellas, nunca nos han rozado siquiera.

Días después, las alarmas antiaéreas sonaron con insistencia y todos los que quedaban en la planta corrieron al albergue protector. Pensaron en las aburridas horas que les esperaban en el apenas alumbrado y poco espacioso cobijo.

Esta vez, las tremendas sacudidas de paredes y piso los asustaron de verdad. El asunto era serio. Y duró una eternidad. No fueron las cuantas horas anticipadas, incluso perdieron la noción del tiempo.

Por fin se escucharon las señales de fin de las incursiones enemigas, pero el sonido venía desde un lugar lejano. Las bocinas locales estaban inservibles. No sólo ellas, la planta completa era una sola ruina. Nada quedaba, incluidos los medios de transporte. Hasta caminar resultaba difícil por la cantidad de escombros regados por doquier.

Ningún guardia a la vista, nada más soledad y llamaradas de incendios agonizantes.

Alfred y Antoine únicamente se miraron y casi sin voluntad echaron a andar en grupo con los supervivientes. Poco a poco se fueron separando sin despedirse.

Escapó a nuestra percepción el hecho de que quizá no volveríamos a ser compañeros de trabajo. El estupor cegaba a la razón.

Alfred y yo continuamos nuestro camino que pasaba forzosamente por el centro de Viena. El ulular de sirenas de ambulancias y camiones de bomberos nos fue alarmando con fuerza ascendente.

Las multitudes aumentaban conforme nos acercábamos al núcleo de orgullo de Viena. Las filas de habitantes que venían de allá lloraban sin consuelo. Sin importar los indicios de una tragedia, la comprobación tuvo impacto desquiciante. La catedral gótica de San Esteban, patrimonio histórico de Austria, yacía derrumbada con todo y su famosa campana Pummerin, la más grande de la nación. También el edificio de la ópera y todas las joyas arquitectónicas de la zona emblemática de la perla europea.

El dolor, de tan grande, no daba pie a entender la razón que pudiera justificar tal crimen. Primera ocasión en que la ciudad era objeto de ofensivas.

Alfred y yo, bañados en lágrimas, nos abrazamos.

Los dos amigos mostraron su congoja con un silencio más elocuente. De pronto Alfred recordó que su casa se hallaba cerca de aquel pandemonio.

-Vamos, amigo, a ver qué queda de ella.

Increíblemente la residencia estaba casi intacta. Todos los cristales de las ventanas se hallaban destrozados, exceptuando ello, el edificio se conservaba en buen estado. Entraron y comprobaron que también el interior no se había dañado mayormente.

El espíritu práctico de Antoine surgió para recomendar las formas de arreglar los desperfectos.

-Ya no perdamos el tiempo, Alfred, vamos a casa. Hilde y Jean deben estar muy preocupados. Si quieres quédate, estás muy cansado.

-No. Ahora más que nunca necesito estar a su lado.

El largo camino fue lento, ya que debían sentarse en la acera, ocasionalmente. Pero Alfred no desistía en su empeño de alcanzar el oasis.

Al llegar a la construcción en que se ubicaba el departamento de Hilde, se horrorizaron al ver que había desaparecido.

*

Desde un principio supe que los cuerpos de mis seres amados yacían bajo los escombros. No tuve el alivio del engaño voluntario.

Mi primera reacción fue de rabia.

¿Por qué ellos?.. ¿por qué?.. ¿por qué?

Patee las piedras sin sentir dolor, más bien, sufriendo uno de sabor justo.

Había llorado ante las ruinas de la catedral de San Esteban, pero ahora mis pupilas se negaron a aguarse.

Me senté en una gran piedra, residuo de uno de los muros, y, sin real conciencia, fui cayendo poco a poco hasta sumergirme en la profundidad de la nada. ¿Cuánto tiempo duró aquella evasión de la realidad? Estuve perdido.

A Alfred debe haberle ocurrido un fenómeno parecido. De repente, nos

percatamos uno del otro. Él tampoco era sujeto del llanto.

Rodee sus esqueléticos hombros y, sin pronunciar palabra, echamos a andar rumbo a su casa, por allá donde había maravillado el hogar de la ópera.

*

Bajo los restos del inmueble de ocho pisos donde se ubicó el departamento de Hilde quedaron sepultados también los bienes de Gunther y de Alfred que ella guardaba. Louis (ya no importaba ocultar su real identidad) tuvo que sobreponerse al brutal porrazo de las muertes aún no bien entendidas.

Se unió a las brigadas de limpieza que organizaban las autoridades que patrióticamente se sostenían para tratar de establecer el orden en una desquiciada ciudad. Pudo de este modo obtener algunas subsistencias para calmar un poco las necesidades alimenticias de él y de Alfred, incapacitado para el trabajo físico.

El austriaco se apenaba por no poder ayudar.

-No agradezcas, vamos a ser ocupados por los rusos y entonces será tu turno. De seguro te requerirán como intérprete y entonces tú defenderás la causa. En realidad, poco sabemos del futuro que nos espera. Por otro lado ¿acaso no estás aportando el sitio donde podemos habitar?

Las pesadas faenas que exigía la colaboración laboral, aunaron fatiga a una distracción de la pena. Como resultado, Louis, sin proponérselo, fue ajustando el quebranto hasta instalarlo en dimensiones comprensibles.

Una vez alcanzado el equilibrio, fue solo (el asunto no admitía

acompañamiento) hasta el lugar antaño morada de Hilde.

Toda la zona había sido limpiada exclusivamente en lo relativo a las calles para que pudieran servir como paso de vehículos. La devastación reinaba igual que cuando estuviera con Alfred en el edificio colapsado.

Se sentó en la misma piedra que anteriormente sostuviera su cuerpo y la pérdida de conciencia.

Tía Hilde, no Hilde, tía, tía. Gunther, no Jean, Gunther, Gunther. Deseo que sepan que su partida no la sufro. ¿Saben por qué? ¡porque es mentira! ¿Cómo pueden huir si los tengo atrapados en el recuerdo?

Mientras viva yo, vivirán ustedes.

NOTA ACLARATORIA

Las historias aquí relatadas son ficticias, al igual que los protagonistas. Sin embargo, tuvieron un punto de partida en la biografía de un amigo, ya fallecido, que me la dio a conocer. Su nombre: Jean Schatz. Él estuvo en Drancy y sobrevivió. Algunos datos me sirvieron para idear “Fronteras del Vacío”.

El autor.

Freeditorial

¿Te gustó este libro?
Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es